

LOS LIBROS DE LA
EGIPTOLOGÍA

**GRANDES
MISTERIOS DE LA
EGIPTOLOGÍA**

El arca de papel Editores

Índice

Fascinación por el pasado oculto	5
Veneno inoculado por Napoleón	12
Buscadores de tesoros	18
<i>Misterioso disco del príncipe Sabu</i>	28
Revelaciones de un ladrón de tumbas	31
La maldición aguarda en una tumba	42
Los textos de las pirámides	52
Manual de itinerarios	57
¿Qué esconde la Esfinge de Gizeh?	61
Sirio y el templo desaparecido de Isis	65
<i>El laberinto y la tumba de Imhotep</i>	67
Similitudes de Isis y el culto a la Virgen	69
Enseñanzas de la muerte	75
La momificación	81
<i>Lámparas, pilas y un egiptólogo que echa chispas</i>	85
La ansiedad por encontrar momias importantes	88
Túneles a ninguna parte	91

La fascinación por el pasado oculto

La egiptología, esa disciplina que intenta delimitar la pasión por la cultura faraónica egipcia con parámetros científicos, empezó a esbozarse como tal en las postrimerías del siglo XVIII. Es entonces cuando los intelectuales de occidente se encuentran ante una civilización mucho más antigua que la suya y que les resulta fascinante pero hermética. Indescifrable.

El Antiguo Egipto fue un río caudaloso del que nos ha llegado su cauce seco. ¿Qué significaban aquellos signos en las estelas, en los impresionantes obeliscos, en los papiros? ¿Qué podía ser esa leona inmensa de cara humana, casi enterrada en la arena y que hoy conocemos como la Esfinge de Giza?

Egipto es un país antiguo. Lo era cuando lo descubrieron los primeros estudiosos. Pero ya lo era cuando Julio César y Marco Antonio se rendían a los encantos de Cleopatra, cuando Alejandro Magno lo conquistó o cuando Moisés cruzó el desierto. Desde la extinción de la última dinastía hasta el comienzo de nuestra era aún tuvieron que pasar cinco siglos.

Los primeros en sentir interés arqueológico por su pasado fueron los propios egipcios de las últimas dinastías. Investigaron la historia y las narraciones antiguas, y las artes volvieron sus ojos a la tradición, en especial en lo que a la escultura se refiere; llegaron incluso a restaurar algunos monumentos.

Unos cien años después, el griego Herodoto mostró un interés histórico, que no arqueológico, por Egipto, y viajó por el país de Norte a Sur hasta Asuán. No se creía la explicación que le daban los sacerdotes egipcios acerca de las crecidas del Nilo: se debían a la fundición de nieves en su curso alto. ¿Quién podía imaginar esas nieves, en la parte más calurosa del mundo?

Con la incorporación de Egipto a Roma, Egipto se convirtió en la cantera de la que exportar diversos monumentos. Así, la Roma de los césares llegó a contar con un buen número de obeliscos, sus favoritos entre los monumentos egipcios. El célebre Plinio dedica a los obeliscos un capítulo de su "Historia Natural", aportando numerosos detalles sobre ellos y los faraones que los hicieron erigir.

Con la llegada del cristianismo se produjo la persecución y destrucción de todos los símbolos religiosos paganos, lo que alcanzó a todo lo egipcio, en especial los obeliscos, de entre los que sólo el obelisco del Vaticano se libró. Los fragmentos de joyas e inscripciones circularon durante los Siglos Oscuros como objetos mágicos. Más tarde la importancia de la iglesia alejandrina, añadió nuevos motivos de interés para la literatura religiosa de los cristianos occidentales. Los temas sobre la vida de los eremitas de la Tebaida llenan las crónicas cristianas de regiones tan alejadas como la Galicia alto-medieval.

Por otra parte, la vinculación de Egipto a la historia bíblica fue causa de que la historia egipcia entrase en el caudal de narraciones sobre la historia de los judíos, en puntos tan controvertidos como el Éxodo y los comienzos de la historia del pueblo escogido.

El Renacimiento europeo, creador de la filología científica, se ocupó de Egipto en la medida en que los griegos y latinos habían dejado testimonios de su cultura. La obra del reverendo Athanasius Kircher, (siglo XVII), buen conocedor del copto, que intentó sin conseguirlo descifrar la escritura jeroglífica, alimentó el interés de los estudiosos hacia Egipto. John Greavis, escribió su "Pyramidographia", de enfoque astronómico. Pero en toda esta época era muy difícil y peligroso, para un cristiano, viajar a Egipto, porque se arriesgaba a sufrir saqueos, cárcel y aranceles abusivos. Fue también la época de la reconstrucción de numerosos obeliscos en Roma. Sin embargo, no se consiguió ningún avance serio en el campo fundamental de la escritura y la lengua.

Los siglos XVII-XVIII supusieron una mayor afluencia de viajeros. Estos hombres venían más movidos por la curiosidad que por la religión o el comercio. Se descubrieron entonces Tebas, numerosas momias, las pirámides de Giza y sus monumentos circundantes. Muchas tumbas, templos y las pirámides principales son descubrimientos de esta época. El Dr. Granger de Dijon descubrió el templo de Seti I en Abidos, aunque quedaría más o menos ignorado hasta que Mariette despejase en 1859 el manto de arena que lo cubría.

El impulso decisivo se produjo a consecuencia del descubrimiento de una lápida bilingüe, escrita en jeroglífico, demótico y griego, hallada por un teniente del ejército napoleónico, durante los trabajos de fortificación de Rosseta, la mundialmente célebre Piedra de Rosseta.

Este texto clave pasó a poder de la Gran Bretaña como botín de guerra, y fue destinada al Museo Británico, pero una copia cayó en manos de un sabio diplomático sueco, Akerblad,

quien logró identificar los nombres propios del texto demótico, por comparación de los que se leían en el griego, así como los pronombres personales fijos «él» y «su». Con ello se arrinconaba el viejo prejuicio de que se trataba de una escritura puramente ideográfica, pero Akerblad cayó en el error contrario, es decir, que el sistema egipcio era puramente fonético.

El paso siguiente lo dio el inglés Young, quien observó con acierto que en demótico había algunos signos no explicables fonéticamente, a la vez que sospechaba que el sistema jeroglífico coincidía con el demótico en estructura, que los cartuchos contenían nombres reales, e incluso leyó algunos. Todo ello mezclado con grandes errores.

Por los mismos años empezaba a trabajar en el desciframiento de la Piedra de Rosseta el francés Champollion, verdadero fundador de la Egiptología. Tenía sobre sus predecesores indudables ventajas, tales como una mejor preparación lingüística, especialmente en copto, verdadera lengua clave para el desciframiento, (ya que era el mismo idioma egipcio transcrito a caracteres griegos y se conservaba como idioma litúrgico en las iglesias ortodoxas), así como en conocimientos generales sobre Egipto, fundamentalmente sacados de los autores clásicos. A todo esto unía unas dotes especiales de sentido de la realidad, y una prodigiosa capacidad para hacer hipótesis y una suprema facilidad para desechar las falsas, y quedarse con la más probable.

No se sabe hasta qué punto aprovechó el trabajo de sus predecesores, pero, sea como fuere, a él se debe el desciframiento de la escritura del antiguo Egipto. Estableció la estructura exacta del sistema jeroglífico en sus auténticas dimensiones, y demostró que el sistema que atestiguaba la

Piedra de Rosseta para la época tolemaica y grecorromana era válido para la época egipcia clásica.

El 29 de septiembre de 1822 escribía su famosa "Lettre a M. Dacier relative a ralphabet deshiéroglyphes phonetiques", complementada dos años más tarde con el "Précis du systheme hieroglyphique".

Sus viajes por Egipto le valieron para copiar multitud de inscripciones, pero también minaron su fortaleza física. Cuando murió a los cuarenta y un años, en 1832, legó a la ciencia la Gramática y el Diccionario, publicados por su hermano, en 1836 y 1844, respectivamente. Con ellos se demostraba que Champollion había adquirido un dominio muy profundo del sistema jeroglífico, tanto que no tuvo sucesores inmediatos.

La antorcha fue recogida por el alemán R. Lepsius, a quien debemos una obra monumental, "Denkmiiler aus Agypten und Atiopie". Más tarde, con H. Brugsch, el estudio de la lengua dio un gran paso con la obra "Hyeroglyphisch-Demotisches Worterbuch", 1867, verdadero avance en el conocimiento de los textos.

La segunda mitad del siglo XIX vio cómo se incorporaban al estudio de la egiptología todos los países cultos de Europa, pero fundamentalmente Francia, Inglaterra y Alemania, países en los que se instala en las universidades como disciplina científica. El año 1858 se funda en El Cairo el "Service des Antiquités", obra de Mariette, que continúa funcionando en nuestros días. Y, poco después, en 1862, aparecería la primera revista científica dedicada exclusivamente ala egiptología: la "Zeitschrift für Aegyptische Sprache und Altertumskunde".

El acopio de textos y materiales de todo orden creció en cantidad y sobre todo en interpretación, hasta el punto que ya era posible hacer una historia coherente de Egipto en las últimas décadas del siglo. Paralelamente se empezaba a desarrollar la Arqueología, al principio romántica, y después científica, que proporcionaría material a los filólogos, los historiadores del arte y los historiadores propiamente dichos.

En el campo de la filología empezaron a destacar tres figuras señeras, Erman, en Alemania; Maspero, en Francia, y Griffith, en Inglaterra. Paralelamente, E. Meyer compondría la primera gran síntesis histórica de la historia de Egipto.

El siglo XX aportará mejores métodos y una mayor especialización en los estudios, un interés por las épocas primitivas y los comienzos de la cultura egipcia, campo dominado durante muchos años por F. Petrie.

A principios del siglo pasado ya se poseían libros que siguen siendo clásicos, como "Aegyptische Religion" y "Aegyptisches Leben in Altertum", de Erman y los "Ancient Records of Egypt", de H. Breasted. Pero la gran empresa egiptológica del siglo fue el trabajo de colaboración internacional para la confección del "Vörterbuch", el monumento de la lengua egipcia, hoy instrumento indispensable.

En el campo de la filología, la primera mitad del siglo estuvo presidida por la figura de Sir Allan Gardiner, por citar uno de los grandes, entre docenas de egiptólogos de primera fila.

El viejo Egipto dormía un sueño de milenios hasta que aquellos hombres comenzaron a despertarlo. Es cierto que los

inicios no fueron muy sutiles: unos pioneros llegaron amparados por las puntas de las bayonetas y otro, un gigante de pasado circense, Belzoni, usó la fuerza bruta. Fue una época de audacia y de peligros sin cuento. Una época de afrontar terrores desconocidos en pasadizos oscuros y de reptar sobre montañas de momias. Una época de saqueo y pistola al cinto. Pero desde entonces ya nada ha sido igual: la arena ha liberado las grandes piedras presas, los faraones se han alzado para contarnos su historia y un torrente de voces perdidas vuelven a hablarnos de hechos lejanos y extraños dioses. El principio de la egiptología fue así: una gran aventura; no libre de culpa, pero adornada con la inconmensurable emoción de las empresas excepcionales y los primeros descubrimientos.



Horus, Osiris e Isis.

El veneno inoculado por Napoleón

Pero si a alguien hay que echarle la culpa de ese arrebató que recorrería Europa y más tarde todo el mundo hasta nuestros días, inundando las páginas de libros y periódicos, y llenando las pantallas de cine de misterio y fascinación, ese debe ser napoleón que descubriría en Egipto, tal vez mucho más de lo que en teoría se dijo que había ido a buscar.

El primer día de Julio de 1798 Napoleón Bonaparte, a la edad de 28 años, llegaba al puerto de Alejandría a bordo de su buque insignia "L'Orient", el barco del Almirante Francois-Paul Brueys D'Aigalliers, una fenomenal nave de 120 cañones, que comandaba una flota de más de 400 naves, 50.000 soldados, 1.000 piezas de artillería y 700 caballos, tras una singladura por el Mediterráneo que había comenzado en mayo del año anterior.

Esta potente armada sería dividida unas semanas más tarde por la flota al mando del almirante británico Horacio Nelson, en la batalla naval de Aboukir, dejando aislado, sin avituallamiento y a su suerte al potente ejército de Napoleón en Egipto, durante casi tres años.

La mayoría de los historiadores atribuyen esta arriesgada y, finalmente, fracasada incursión de Napoleón en Egipto a motivaciones de puro afán imperialista. Sin embargo hay actuaciones de Napoleón durante este periodo que no obedecieron a una motivación estratégica o simplemente militar.

Muchos todavía no entienden por qué se lanzó a la mar al frente de 328 embarcaciones y más de treinta y tres mil soldados, ni mucho menos por qué decidió invadir un país que estaba en el extremo opuesto del Mediterráneo y que carecía del más mínimo interés estratégico. La tardía versión oficial de aquellos hechos aseguraba que Bonaparte pretendía cortar el flujo comercial británico con sus colonias orientales; pero esto no está tan claro.

De hecho, esa numerosa y potente fuerza militar venía acompañada de cerca de 1.000 civiles, entre los cuales, además de administradores, economistas, y esposas, llegaron un total de 167 personas versadas en las más variadas ciencias: botánicos, zoólogos, geólogos, escultores, pintores, poetas, lingüistas, químicos, matemáticos, astrónomos, arquitectos, dibujantes, geógrafos, etc.

Fueron personalmente escogidos por Napoleón para extraer bajo las arenas del desierto toda la sabiduría de aquella antigua civilización. Simultáneamente a estas investigaciones Napoleón libra su "Batalla de la Pirámides" el día 21 de julio de 1798 contra los mamelucos, que habían gobernado el país, en nombre del sultán turco, durante los últimos siete siglos. Inmediatamente que Napoleón toma el poder, comienza la modernización del país.

Napoleón sabe que a los musulmanes se los tiene que ganar, y adelantándose a todas las técnicas de propaganda que prosperaron en el siglo XX, llena El Cairo de pasquines diciendo que Alá es el más grande y que viene a liberar al pueblo musulmán.

Y lo cierto es que gracias a aquella estancia de Napoleón en Egipto, Europa recibió una gran influencia de todo lo investigado por este grupo de sabios. El informe final

de este grupo, "Description de L'Egypte", una obra de 20 tomos, presenta una meticulosa y detallada explicación de todo lo encontrado, y ha servido y sirve como referencia a todos los eruditos que comienzan a sumergirse en este apasionante mundo.

Las reconstrucciones y restauraciones que se pintan en los grabados del libro recrean un pasado en todo su esplendor, devolviendo a las piedras sus pinturas originales, llenas de contenido y simbolismo. La precisión y meticulosidad eran una prueba de la fascinación de los artistas, testigos de excepción. Muy interesante incluso para investigar sobre monumentos posteriormente destruidos. Como es el caso de la Esfinge, que a finales del siglo XVIII estaba enterrada en la arena hasta el cuello, quedando todo el resto del cuerpo oculto. Por no hablar de la Piedra de Rosetta, otro descubrimiento de este grupo de sabios de Napoleón, grabada hacia 196 AC., encontrada en 1799, que permitió a Champollion descifrar por fin la complicadísima escritura simbólica jeroglífica. Posteriormente recogida por los ingleses tras derrotar a los franceses, actualmente se encuentra en el Museo Británico.

No hay tampoco acuerdo entre los historiadores y biógrafos del corso a la hora justificar algunas de las actuaciones del general. Al parecer, sus relaciones previas al viaje a Egipto con el mundillo que rodeaba a Nicholas Flamel permiten especular sobre si estaba buscando la fórmula de la inmortalidad, relatada tantas veces en las sagradas escrituras egipcias, con la curiosa coincidencia entre la resurrección de Osiris y la de Jesús. Algunas escrituras cristianas apócrifas aventuran que Jesús aprendió en su estancia en Egipto ciertos ritos de resurrección.

Por otro lado, el general dirige muchos de sus esfuerzos en penetrar en Keops y encontrar todas sus galerías y cámaras, como de hecho describen con todo lujo de detalles sus sabios en "Description de L'Egypte". Incluso se habla de que pasó una noche en solitario en la "Cámara del Rey" de la pirámide de Keops. Se dice que a la mañana siguiente el general salió de las entrañas de la pirámide de Keops demacrado y mudo; no queriendo contar nada de lo sucedido allí dentro. Nadie, ni su fiel Kebler, ni ningún otro general, supo jamás qué ocurrió aquella noche, pues Napoleón no quiso que le tomaran por loco.

Lo de la pirámide no fue la única extravagancia que se permitió en tierras egipcias. Meses antes de aquella gran noche, tras vencer a los mamelucos en las inmediaciones del Monte Tabor, en plena Palestina, orientó sus pasos hacia la entonces insignificante aldea de Nazareth. Corría el 16 de abril de 1799 y él, que no era lo que se dice un cristiano piadoso, quiso pernoctar en el lugar donde vivió dieciocho siglos atrás Jesús de Nazaret.

¿Qué pretendía exactamente Napoleón con aquel gesto, si él rechazaba en buena medida la fe cristiana? ¿Emular a los cruzados que marcharon sobre Tierra Santa? ¿Recuperar la gloria de los héroes de sus lecturas adolescentes?

Nada más tomar El Cairo en el verano de 1798, fundó el Instituto de Egipto, y puso a trabajar a aquel escuadrón de hombres ilustres día y noche. Con las imprentas que se trajó desde Francia, puso en marcha los primeros periódicos del país, y pronto comenzó a atesorar una tremenda colección de grabados y piezas arqueológicas. Napoleón se embriagó entre tanta ruina y belleza, y decidió verlo y estudiarlo todo.

Extrañamente, y aún a pesar del gran número de sabios que merodeaban por Giza y otros lugares tomando notas y

haciendo bocetos de aquellas proezas en piedra, apenas existen datos precisos sobre lo que hizo exactamente el general Bonaparte en esos remotos días de agosto de 1799 que estuvo junto a la gran pirámide.

Algunos aducen la hipótesis de las relaciones secretas entre Napoleón y la Masonería, a la cual pertenecían algunos de sus más destacados generales, como Auguste Kléber o Joachin Murat. De hecho, uno de sus Grandes Maestros, Solutore Zola, pariente del famoso escritor galo del mismo apellido, afirmó en un documento, fechado en 1863 que Bonaparte y Kléber *“recibieron la iniciación y la filiación del Rito de Menfis de un hombre de edad venerable, muy sabio en la doctrina y las costumbres, que se decía descendiente de los antiguos sabios de Egipto”*. Y añadió: *“La iniciación tuvo lugar en la pirámide de Keops y recibieron como única investidura un anillo”*.

Bonaparte abandonó Egipto pocos días después de su noche en la pirámide, pero en modo alguno olvidó lo que allí vio. Sólo así se explica que cuando Napoleón regresó de su campaña faraónica y dio el golpe de estado que terminaría llevándole a dominar Europa, decidiera añadir dos detalles insólitos al escudo de París. En un documento de 1811, adjunto a la llamada “Carta de Napoleón” de esa fecha, la tradicional barca sobre el Sena que luce el blasón de la ciudad, experimentó el añadido de una estatua de la diosa Isis en su proa. Es más, sobre ésta el corso ordenó grabar una estrella de cinco puntas como las que adornan todos los templos egipcios y el perfil de tres abejas (emblemas reales en el Egipto faraónico).

Napoleón se trajo de Egipto sus símbolos más sagrados y los añadió al blasón de su capital. ¿Un tributo a aquella iniciación piramidal del verano de 1799? Sólo así se explica que el corso, convertido ya en dueño y señor de Francia, nombre ministro de Bellas Artes a Vivant Denon, uno de los más destacados sabios de su expedición egipcia, que hará de París una especie de nueva Tebas.

Buscadores de tesoros

Nadie duda que lo que impulsó el estudio científico del pasado egipcio fue la expedición de Napoleón Bonaparte a ese país en Julio de 1798 y que con ella se inició la Egiptología.

Desde el punto de vista político, la expedición a Egipto no dio ningún resultado duradero, pero tuvo una profunda repercusión científica. El ejercito francés no llevó solamente militares al país del Nilo, sino también todo un equipo de sabios, de investigadores y de artistas.

En el Cairo se fundó un instituto egipcio, en donde, todavía hoy, se puede admirar la riqueza de las colecciones formadas por los sabios franceses durante esa campaña. Los principales resultados de sus investigaciones están consignados en una obra de treinta y dos volúmenes titulada "Descripción de Egipto". Paradojas de la historia, la mayor parte de los descubrimientos franceses terminaría por caer en manos inglesas después de la capitulación del ejercito napoleónico y ahora forma la base de las colecciones de antigüedades egipcias del British Museum de Londres.

Los soldados franceses realizaron el descubrimiento más importante, efectuando obras de fortificación cerca de la pequeña ciudad de Roseta, al este de Alejandría, desenterrando una piedra de basalto negro pulido con tres inscripciones diferentes: un texto jeroglífico, otro egipcio cursivo y por último otro en griego. Los sabios no tuvieron ningún trabajo en descifrar la última y ésta dio la clave para poder desentrañar el misterio de las otras dos.

El primer sabio que investigó la piedra se declaro vencido. Y sin embargo era uno de los mejores orientalistas

franceses. El también orientalista y diplomático sueco Johan David Akerblad tuvo más éxito y fue el primero que alcanzó resultados positivos. Pudo traducir algunos nombres propios y trazar un alfabeto jeroglífico a grandes rasgos, lo que le proporcionó el calificativo del “primer egiptólogo”. En 1802, publicó un libro sobre la piedra de Rosseta, que preparó el camino para su posterior desciframiento de los mismos. Pero faltaba por llegar el hombre que pasaría a la historia por fabricar la llave que abriría la puerta del tesoro: Jean Francois Champollión.

Jean Francois Champollión

Nacido en 1790, en una pequeña ciudad del sur de Francia, su infancia tuvo como trasfondo la Francia revolucionaria: el terror estaba entonces en su apogeo. A los nueve años ingresó en una escuela de Grenoble y muy pronto tuvo trato íntimo y familiar con el prefecto del departamento, hombre muy culto que había formado parte del estado mayor científico de Napoleón durante la expedición a Egipto. El joven Champollion se complacía en contemplar los objetos históricos que su amigo había traído del país de los faraones. Su tierna edad no era obstáculo para demostrar un dominio prodigioso en el estudio de las lenguas. A los dieciséis años comenzó la publicación de una obra de gran envergadura sobre el Egipto antiguo. Estaba ya familiarizado, por propia iniciativa y sin ayuda de nadie, con numerosas lenguas orientales: hebreo, árabe, sirio, caldeo, sánscrito, y diversos dialectos persas. Sus largas veladas de estudio le consumían la vista, pero Champollion no cejaba. Antes de cumplir los diecinueve años

fue nombrado profesor de historia de Grenoble.

El joven había comenzado a trabajar con manuscritos coptos y había redactado un estudio sobre los gigantes de la Biblia, luego, hacia 1808, se había apasionado por la inscripción jeroglífica trilingüe de Roseta, cotejándola con un papiro demótico y con los textos de Plutarco. Para el tiempo de la abdicación de Napoleón, él ya estaba situado en primera línea de los orientalistas y egiptólogos de su tiempo.

Durante toda su vida, Champollión siguió siendo un acérrimo partidario de Napoleón y nunca trató de ocultarlo sus opiniones. Algunos integrantes del College de France llevaron sus quejas ante la corte de Luis XVIII y, por orden del rey, Champollión tuvo que cesar sus actividades docentes, pero eso no significó que su producción literaria cesara. En 1823 publicó su "Panteón egipcio", reproducción documentada de las divinidades de aquél antiguo imperio oriental, y, al año siguiente, un ensayo del sistema jeroglífico de los egipcios, confirmando sus métodos de descifrar. Su reputación como egiptólogo era ya enorme en todo el mundo erudito.

Aún con la salud muy quebrantada por el prolongado trabajo y su innata inquietud, había descubierto el camino de un nuevo mundo, en donde la paz de su alma estaría al abrigo de todas las tempestades de la política: se entregó al dominio infinito de la egiptología, ciencia que aún estaba en pañales.

Su primera tarea fue explicar los siete jeroglíficos que componían el nombre del rey Ptolomeo. Después de muchas, muchísimas horas de búsquedas y decepciones, descubrió que en el texto jeroglífico de ese nombre y en el de Cleopatra aparecían equivalentes en otros idiomas, en el clásico cartucho. Animado por el éxito, continuó por el camino ya trazado y comenzó el examen comparativo de todos los nombres y títulos

reales que cayeron en sus manos.

Pero, la intuición genial de Champollión le permitió vencer las mayores dificultades. Seguro entonces de su empresa y rebozando de alegría, recogió sus notas, y las llevó ante el profesor de la Universidad de Grenoble, y arrojó el paquete de manuscritos sobre la mesa, exclamando “¡Ahí está!”. Cayó redondo al suelo, presa de una crisis nerviosa, más que justificada después de quince años de penoso y agotador trabajo intelectual.

El investigador permaneció cinco días antes de recuperarse de una especie de letargo. En lo sucesivo, Champollión continuó sus investigaciones con la ayuda de amigos leales y realizó viajes de estudio a los museos de Turín, Roma, y Nápoles, donde había restos del antiguo Egipto. Más tarde, fue nombrado director de la sección de egiptología del Louvre, y en 1828 pudo, al fin, realizar un viaje al país de los faraones por cuenta del mismo museo.

Champollión, conseguía lo que desde su juventud había soñado: pisar aquel suelo tan rico en recuerdos. Para viajar por Egipto sin contratiempos, en aquella época era conveniente, adoptar en lo posible las costumbres locales. Por lo tanto, se dejó crecer la barba y vivió tan a la usanza de los egipcios, que llegó a parecer un auténtico musulmán. Radiante de felicidad, realizó largos viajes en barco por el Nilo, contempló los altos alminares, los obeliscos y las pirámides, y gozó con el espectáculo de las palmeras.

Pero todas las maravillas de Egipto, no eran nada en comparación con el entusiasmo que sentía el erudito ante cualquier inscripción. Solo se podía igualar con la alegría que sintió al penetrar sus misterios por primera vez. Consumió parte de su vida en las largas estancias que hacía junto a las tumbas de los reyes egipcios. En aquella atmósfera malsana y

carente de aire, sacar copia de las extensas inscripciones requería un gran esfuerzo, ya que el trabajo tenía que hacerse con escasa luz y frecuentemente en posturas incómodas; y combinar e interpretar todos los descubrimientos era agotador.

Champollión soportó mal el viaje de regreso y el paso sin transición del clima cálido de Egipto al crudo invierno de su patria; a poco de pisar Francia, en la Navidad de 1829, sintió el brusco cambio de temperatura y se había quejado por un grave ataque de reumatismo.

Algún tiempo después de su regreso a París, el valor científico de su obra fue reconocido oficialmente con la creación de una Cátedra de Egiptología.

Hacia finales de 1831 Champollión, sufrió un ataque de apoplejía y contrajo una parálisis facial. La pluma se le caía de las manos, pero tuvo aún bastantes arrestos para terminar el manuscrito de su gramática y de su diccionario egipcio y ordenar la fabulosa documentación recogida en su viaje. En la primavera de 1832, Jean Francois Champollión fallecía a la edad de 41 años.

Giovanni Battista Belzoni

Hijo de un barbero de Padua, el italiano Giovanni Battista Belzoni (1778-1823) medía dos metros y parece que estaba destinado a la carrera eclesiástica, pero se vio mezclado en intrigas políticas antes de tomar los hábitos, y, ante la perspectiva de la cárcel, huyó a Londres. Allí se convirtió en la atracción de un circo como forzado.

El gran egiptólogo Howard Carter se refería a él como un hombre caracterizado por su fuerza; sin duda se refería al

carácter indómito y a su determinación para la acción; pero en realidad se trataba de un hombre gigantesco y fuerte en extremo, cualidades que habrían de servirle para más cosas que para su eventual trabajo como forzado.

Se dice que en Londres siguió estudios de ingeniero mecánico, de igual manera que se sospecha que se ganó la vida como charlatán. Lo cierto es que su carácter emprendedor y dinámico nos sitúa al gigante paduano en Egipto en el año 1815. Intentaba introducir en el país una noria mecánica mucho más eficaz que la que se empleaba tradicionalmente. Consiguió instalar su modelo ni más ni menos que en casa del pachá Mohamed Ali (nada que ver con el famoso boxeador afroamericano), que era temido por su fiereza. Se había hecho a sí mismo partiendo de la mayor pobreza, y su ascenso social y político se debía a su calidad de jefe guerrero sin escrúpulos; esto no quiere decir que, como gobernante, hiciera oídos sordos a las mejoras técnicas, pero era especialmente inasequible, lo que nos da idea del empuje de Belzoni, la constante de su personalidad.

El pachá no quedó muy convencido y Belzoni, ni corto ni perezoso, consiguió una carta de presentación para el cónsul inglés, Salt. Llegaron al acuerdo de que Belzoni transportaría la estatua de Ramsés II de Luxor a Alejandría. Durante cinco años, Belzoni se dedicó al lucrativo negocio de las antigüedades egipcias, entonces llamado eufemísticamente coleccionismo. Primero coleccionó para Salt, pero pronto actuó por cuenta propia, recogiendo cuanto encontraba a su paso, fuera grande o pequeño, valiosa antigüedad o bagatela vistosa.

Hay que comprender que, en estos años, se había producido un boom alrededor de las antigüedades egipcias,

comparable pero anterior a la famosa fiebre del oro. El coleccionismo de entonces tendía al objeto, no al conocimiento. En consecuencia, lo destruido era más que lo descubierto y el perjuicio para el patrimonio cultural era mayor que su enriquecimiento. (Situación que continuaría siendo la tónica hasta la entrada en juego de Auguste Mariette, como veremos más tarde). Esto convierte a Belzoni en el hombre a batir: decidido, fuerte e inteligente, más de una vez dirimió las divergencias con los puños o con las armas. En un mundo violento, él fue el más resolutivo.

Belzoni es considerado como el adelantado de la egiptología durante el período que siguió inmediatamente después a la expedición de Bonaparte. En el curso de sus excavaciones, durante los mayores calores del verano, exhumó de las arenas del desierto de Nubia el templo funerario de Ramsés II, cerca de Abu Simbel, y penetró los misterios de la segunda pirámide situada cerca de El Cairo, pero, por desgracia, cuando llegó a la cámara funeraria, la encontró saqueada. Belzoni reunió los tesoros artísticos de la antigua Tebas, realizó importantes descubrimientos en la orilla opuesta, en el Valle de los Reyes y en las tumbas de preclaros personajes, y se interesó sobre todo por los rollos de papiro. Hombre de estatura elevada y extraordinario vigor, durante algunos años se había ganado el sustento como atleta profesional; tenía una simpatía arrolladora que ganaba el afecto de la población indígena. Ni aun los temibles trogloditas que se han apropiado de las antiguas moradas de los muertos, las tumbas excavadas en las rocas, se atrevieron a atacarle, no obstante lo fácil que hubiera sido matar al extranjero y enterrarlo en una de aquellas tumbas que tanto le interesaban.

En una montaña cerca de Kurna encontró unos largos

pasadizos funerarios repletos de momias que databan de un período relativamente reciente, de la época en que las tumbas de los aristócratas se utilizaron para los difuntos humildes. Aunque Belzoni era de constitución poco común, necesitó de todo su esfuerzo para abrirse camino a través de aquellos estrechos corredores. La atmósfera era agobiante; de todas partes se desprendían cráneos, brazos y piernas.

Su mayor hallazgo fue la tumba de Seti I, notable por sus maravillosos relieves. Belzoni descendió cien metros en el interior de la montaña, recorrió galerías magníficamente decoradas y encontró, por fin, el rico sarcófago del faraón. Era de alabastro blanco. Belzoni pudo sacar a la superficie esta obra de arte única. Hoy, este sarcófago constituye el orgullo del Soane Museum de Londres. Belzoni expidió para los ingleses des cargamentos enteros de antigüedades egipcias, pero ninguno de sus hallazgos igualo al del sarcófago de Seti I.

Auguste Mariette y Jacques Morgan

En 1850 se inició un nuevo capítulo en la historia de las excavaciones en Egipto, cuando se encargó de su dirección el francés Auguste Mariette, descubridor de enormes cantidades de obras de arte en los alrededores de El Cairo y en Tebas. Trabajaba, no obstante, en un lugar ya saqueado muchas veces.

En Dahshur, a 30 Km. Al sur de El Cairo, se levantan varias pirámides, dos de las cuales, casi en ruinas, estaban en otro tiempo cubiertas de piedra caliza blanca. Uno de los sucesores de Mariette, Jacques Morgan, se dedicó al estudio de esos monumentos. En la más septentrional de ellas, los arqueólogos no habían descubierto aun la tumba que se

ocultaba en lo más recóndito de aquella enorme masa.

En 1894, Morgan encontró el acceso a una cámara subterránea flanqueada por una galería de criptas. El acceso a las tumbas era difícil, pero esto no había impedido a los ladrones penetrar en ellas. Una de las puertas de que se sirvió Morgan se debía, sin duda, a los salteadores de tumbas.

La pirámide había sido construida por Sesostri III, pero no era el faraón quien reposaba allí, sino que la pirámide se utilizaba como tumba de las reinas de la dinastía. En cierto modo, fue una decepción para los arqueólogos. Más pronto cambiaron de parecer, porque en las oscuras cámaras encontraron cadenas, brazaletes y collares de extraordinaria belleza. En tierras egipcias jamás se había descubierto nada tan valioso.

En la cripta de una princesa se descubrió un verdadero tesoro compuesto por obras maestras de la orfebrería egipcia de la XII dinastía. Después, prosiguiendo sus búsquedas, encontró la tumba del gran Sosestris, pero los saqueadores ya la habían vaciado totalmente.

Después de la desaparición de las momias reales, los documentos egipcios no dicen ni una palabra más sobre el Valle de los Reyes, escenario de tanto sucesos emocionantes. El Valle ha visto enterrar a los monarcas con una pompa que nosotros, hombres del siglo XX, no podemos siquiera imaginar y, desgraciadamente, había presenciado también las expediciones nocturnas de los ladrones. Ningún lugar de la Tierra tiene una historia tan novelesca como "el país del silencio", como los antiguos conocían a esta necrópolis fascinante.



El misterioso disco del Príncipe Sabu

Cuando al inicio de este libro contaba mis traslados al Museo Egipcio de El Cairo, desde la habitación que me habían alquilado los señores Yaada, junto al ruidoso bazar; me olvidé de exponer que aquellas visitas, realizadas durante más de un mes, iban a suponer un viaje tan emocionante como el resto de mis excursiones a los diversos monumentos de Egipto.

El museo de El Cairo, al contrario de otras instituciones similares en el resto del mundo, no es precisamente ese receptáculo de vestigios del pasado donde todo se halla perfectamente catalogado, fijado y explicado, sin que le quepa la menor duda al visitante de que se encuentra en un lugar donde la duda y la imprecisión no tienen cabida. Por el contrario, al cabo de unos cuantos días, uno empieza a darse cuenta de que se trata, al igual que el resto del país, de una región por explorar: En cada rincón, en cada vitrina, a la vuelta de cada recodo, uno puede descubrir maravillosos tesoros que permanecen completamente olvidados, como si hubiera un pacto de silencio, a propósito, para hacerlos pasar desapercibidos.

Ese es el caso del misterioso disco de la Tumba del príncipe Sabu. Se halla en la primera planta, muy cerca de la siempre abarrotada Sala de las Momias. Encerrado en una pequeña vitrina, se trata de una especie de hélice o volante de piedra, que aparece simplemente calificado como objeto de una tumba de la I Dinastía.

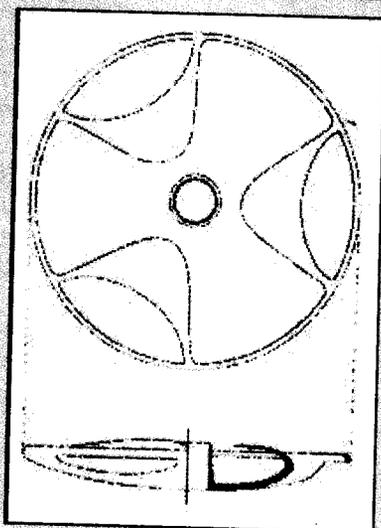
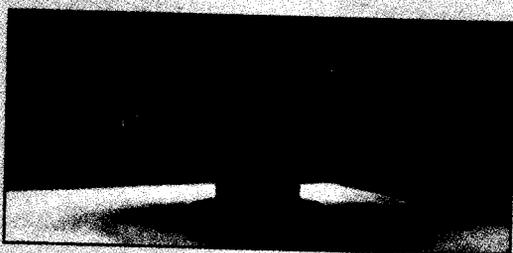
Su descubridor, el famoso egiptólogo Brian W. Emery, lo encontró en Sakkara, junto a otros utensilios del ajuar funerario de la tumba del Príncipe Sabu, hijo del faraón Adjuib, penúltimo gobernante de la primera dinastía (3.000 - 2.850 a.C.). Pese a su extraña forma de rueda o volante con tres palas curvas dobladas hacia adentro y un orificio con reborde que sobresale en el centro, este objeto de 61 centímetros de diámetro y 10,6 centímetros de altura en su eje, fue descrito por Emery, en un primer momento como una forma de bandeja primorosa. Pasado el tiempo, cuando seguramente se detuvo a estudiar con más detalle el desconcertante objeto labrado en esquisto (una roca de color negro azulado que se divide en láminas al estilo de la pizarra, lo que dificulta enormemente su tallado), no pudo afirmar otra cosa salvo que "no existía ninguna explicación satisfactoria para el curioso diseño del objeto".

Los estudios técnicos que se han realizado sobre la original forma de este disco y su posible función, resaltan su sorpresa por sus formas tan avanzadas y la depurada técnica del artista, tratándose de un objeto datado hace 5.000 años. En cuanto a su utilidad, lo único que pueden afirmar es que se trata de una reproducción habilísima en piedra de un objeto metálico en forma de aspa, tal vez para hacer circular agua o como rueda de carro.

Aquí se plantean dos problemas: El primero es que si se trata de la copia en piedra de algún mecanismo para mover agua, es la primera noticia de tal avance en el Egipto de hace 5.000 años; una época donde no existe constancia de que los egipcios poseyeran otro mecanismo a parte del arado. El segundo es que si fuera la reproducción de una rueda, vendría a contradecir todas las teorías de la egiptología oficial que sostienen que la rueda no fue introducida en Egipto hasta la invasión de los Hicsos, al final del Imperio Medio (1.720 a.C.); es decir, se habrían equivocado en la friolera de más de 1.300 años.

Entonces, ¿qué es en realidad el misterioso disco? Si usted pregunta a uno de los responsables del Museo, le responderá de carrerilla que se trata de una bandeja o un pedestal. Lo malo es cuando se les enseña una fotografía de una pieza idéntica: En un principio se sorprenden, preguntando a qué colección pertenece; después, salen corriendo, cuando se les explica que es una pieza de un cárter de lubricante de un cohete diseñado por la Compañía Aeroespacial Lockheed.





Aunque parezca increíble, estas son las vistas y el dibujo esquemático del disco del príncipe Sabu. Realmente parece auténtica cienciaficción. Aunque, desde luego, no es descartable el que sea una simple rueda, o mejor dicho una rueda, aunque no tan simple. Solamente, al menos de momento, tenemos una explicación racional, que se tratara de un símbolo religioso, un intento de plasmar la perfección divina en una figura de líneas aerodinámicas y perfectas, al fin y al cabo la mente humana tiene premoniciones de futuro, o más bien podríamos decir que "no hay nada nuevo bajo el sol". De todas las maneras aquí hay una puerta abierta para los que creen en nuestros orígenes extraterrestres, lo que no es tan descabellado desde un "materialista" punto de vista religioso, ya que ¿Qué Dios es de este mundo? ¿No son todos del "cielo"?

Las revelaciones de un ladrón de tumbas

Durante los primeros siglos de la Cristiandad, las tumbas horadadas en las rocas sirvieron de abrigo a los anacoretas que buscaban en los confines del desierto la soledad que anhelaban. Pero los piadosos ermitaños tuvieron que ceder el lugar a las partidas de ladrones que infectaban la región. Las autoridades trataron de dominar a los bandidos, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Los ladrones se replegaban a sus cavernas, convertidas en verdaderas fortalezas, o se internaban en la montaña, seguros de que nadie se atrevería a perseguirlos.

Belzoni fue el primero en penetrar en las grutas, mostrando con ello una audacia todavía no superada, y su labor fue imitada por otros arqueólogos. A mediados del pasado siglo, una nutrida expedición alemana dirigida por Richad Lepsius, el mejor egiptólogo de la generación que siguió a Champollión, estudió el Valle de los Reyes de manera tan exhaustiva, que se creyó haber agotado todas las posibilidades. Por eso no se volvería a hablar del Valle hasta 1881, año importante en la historia de la egiptología. Hacía ya mucho tiempo que el arqueólogo Sir Gaston Camille Charles Maspero no perdía de vista a un guía árabe que vendía papiros y otras antigüedades procedentes, al parecer, de las tumbas reales. El hombre era del pueblo de Kurna. Durante tres mil años los habitantes de este pueblo se especializaron en el pillaje de las tumbas y todavía hoy tienen fama de aprovechar esta fuente de riquezas cuando la ocasión se presenta. Maspero fue reuniendo pruebas contra el astuto árabe y lo hizo detener. Ello provocó

un alboroto entre la gente de la tribu, y todo Kurna juró y perjuró que este excelente guía era víctima de un abominable error judicial.

Afortunadamente, este hombre, picado en su honor, se querelló contra sus hermanos, uno de los cuales declaró a las autoridades que su familia poseía un tesoro que constaba de unas cuarenta momias, descubiertas unos seis años antes. Un directivo del museo de El Cairo fue a examinar los hallazgos y el lugar donde había sido descubierto. Cerca de la cima de un acantilado se habría una caverna de difícilísimo acceso; desde allí, unos corredores conducían a una gran sala abierta en el interior de la montaña. A la luz de la antorcha, el investigador descubrió numerosos sepulcros. Su sorpresa iba en aumento a medida que leía sus inscripciones; en algunos aparecía el nombre de los reyes más grandes de Egipto: Tutmosis III, Seti I y Ramses II. Desde hacía tiempo se conocían sus saqueadas tumbas, pero no se esperaba encontrar los cuerpos ni ver sus rostros. Aquella sala no era una tumba sino un escondite. Las inscripciones sobre las mortajas atestiguaban que los cuerpos fueron transferidos a ese refugio durante la época de decadencia del Egipto Antiguo, para proteger a los difuntos.

Nuevos trabajos esperaban aún a los enviados del museo: transportar a los preciosos hallazgos al barco para trasladarlos a El Cairo. Era preciso hacerlo deprisa y terminar antes que la población estallara en un motín, en cuyo caso los arqueólogos europeos correrían un grave riesgo.

La tumba de Tutankhamon

Diez años más tarde, el árabe que había indicado el escondite prestó a los egiptólogos otro servicio tan excelente como el primero. Durante este tiempo había ingresado en los servicios arqueológicos egipcios, y su intuición y experiencia le permitieron descubrir una cripta muy disimulada, en donde se hallaron unas 150 momias de sacerdotes y sacerdotisas, del templo de Amón.

En 1898 se hicieron nuevos hallazgos en el Valle. Se descubrieron varias tumbas reales, entre ellas las de Tutmosis I, Tutmosis III y Amenofis II. En esta última reposaban, además de Amenofis treinta momias reales, que fueron puestas a buen recaudo durante la XXI dinastía. Todas fueron llevadas al museo de El Cairo, menos la de Amenofis que se dejó en su sarcófago. La tumba fue cuidadosamente cerrada y dejada a la vigilancia de un guardia, pero una partida de saqueadores se introdujo en la última morada de Amenofis y, puestos de acuerdo con aquél, sacaron la momia del sarcófago para robar las joyas que el difunto pudiera tener. El servicio arqueológico encontró a los profanadores y los llevó ante el tribunal. Pero este estaba compuesto de indígenas, y ante tal areópago ¿qué valor pueden tener las pruebas?

En 1902, un multimillonario americano, llamado Davis, consiguió del gobierno Egipcio la autorización para practicar excavaciones en el Valle de los Reyes. Trabajó durante doce inviernos consecutivos y descubrió entre otras, la tumba de Hatseput y la caverna donde se ocultaban el sarcófago de Akenatón; además, esta gruta contenía una parte de los objetos funerarios de la tumba primitiva de El-Amarna.

En cierto sentido, la tumba de Akenatón no fue el hallazgo más interesante de Davis. También encontró la tumba donde están enterrados Juja y Tiju, los padres de la reina Tiy. Después de abrirse paso entre un enorme montón de escombros, Davis llegó ante una pared montañosa, en donde se abría una escalera que conducía a la una tumba simulada por un muro. En este muro, había huellas de un pasadizo abierto por saqueadores. Davis penetró en el sepulcro, acompañado de Maspero. Cuando encendieron las velas en la oscura sala, brilló el oro por doquier. La luz ilumino el revestimiento de oro puro de un sarcófago, en el que Maspero leyó el nombre de Juja.

Un examen más minucioso mostró varios ataúdes matrices recubiertos con láminas de oro y plata. Los saqueadores habían arrancado las tapas de los ataúdes y sarcófagos y deshecho los vendajes de las momias para apoderarse de las joyas y aderezos. La tumba estaba repleta de riquezas y los profanadores no se habían llevado más que las joyas. Nunca se había descubierto una tumba real que, en proporción, hubiera sufrido tan poco por los impíos, lo que debe atribuirse a una feliz casualidad. En este sepulcro, se encontraron muchas obras maestras de ebanistería egipcia, tales como sillones, coches y un pequeño cofre de joyas ensartadas en ébano y oro; también se halló un carro finamente esculpido, típico de la época de las dinastías XVIII y XIX. Hoy estos objetos forman la parte más importante de las colecciones del museo de El Cairo.

En 1914, la concesión de Davis fue otorgada a otro aficionado, el inglés lord Carnavon, y su colaborador Howard Carter, arqueólogo experimentado, que abrió un nuevo período en la historia del Valle. Cuando Davis abandonó las excavaciones, estaba persuadido de que el Valle de los Reyes

había sido removido hasta en sus menores rincones y entregado todos sus secretos. Lo mismo pensaba ya Belzoni casi un siglo antes. Pero Carnavon y Carter estaban seguros de encontrar, debajo de los montones de piedra que todavía no habían sido removidos, si no tumbas, al menos rocas sin explorar, y que los trabajos planeados exigirían muchos esfuerzos. Tenían que remover unas 200.000 toneladas de escombros y cascotes para comenzar las excavaciones de aquella zona en que sospechaban se encontraba la tumba de Tutankamón. En el otoño de 1917, comenzaron su tarea arqueológica, y para la primavera de 1922 no había obtenido ningún indicio que valiera la pena.

Pero no mucho después, los trabajos de Carter y Carnavon tomarían un rumbo que les conduciría a escribir con oro sus nombres en el libro de la Egiptología. Un hermoso día del 1922, apenas los hombres de Carter habían tomado el pico, cuando dieron con un descubrimiento que sobrepasaba los sueños más increíbles. Como dice el propio Carter: *“Procuré contar exactamente todo lo que ha pasado, sin olvidar nada. No será fácil, pues el hallazgo fue tan súbito, que casi me dio vértigo, y en los meses que siguieron sucedieron cosas tan maravillosas que apenas tenía tiempo de reflexionar”*.

Lo descubierto en el terreno, la mañana del 4 de noviembre, indicó inmediatamente que se trataba de algo inusitado. Los obreros le contaron que hallaron, bajo los escombros, algunos peldaños tallados en la roca. *“En este momento -sigue contando Carter- casi no podía creer que hubiésemos encontrado la tumba. Al día siguiente, ya no podíamos dudar, era evidente que estábamos a la entrada de un sepulcro. Pero las decepciones anteriores nos dejaron una huella tan profunda que no nos atrevíamos a entusiasrnos*

con la alegría y mostrábamos una secreta reserva. La tumba había sido probablemente saqueada a conciencia como las demás. Uno tras otro aparecían los peldaños de la escalera, y al caer la tarde habían sido puestos al descubierto todos. Al pie de ésta escalera aparecía una puerta sellada”.

Aquel día, Carter tuvo que contentarse con perforar la puerta y practicar un agujero lo suficientemente ancho como para introducir una lámpara eléctrica. A la luz de ésta vio que el pasadizo, que conducía de la puerta a la cripta, estaba casi cubierto de piedras y escombros. Espectáculo confortador que probaba que la tumba estaba cuidadosamente protegida por las antiguas autoridades egipcias.

Lord Carnavon, el mecenas de Carter, se hallaba entonces en Inglaterra, y como deseaba estar presente en la apertura del sepulcro, se suspendieron los trabajos hasta su llegada a Luxor. Carter colocó dos hombres de confianza en los alrededores de la tumba, hizo cerrar de nuevo el camino de acceso y, para más seguridad, lo cubrió con grandes piedras.

El 25 de noviembre, Lord Carnavon llegó a Luxor. Después de desembarazar la entrada, se pudieron examinar más de cerca los sellos que cerraban la tumba; varios de ellos llevaban el nombre de Tutankamón. Se descubrió también otro detalle menos confortador: un examen detenido de la puerta y del pasadizo les indicó que la tumba había sido abierta y los sellos colocados de nuevo con mucho cuidado. ¡Era la huella de los saqueadores! En el ambiente flotaba una pregunta: ¿Habrían sido muchos los estragos?

En la mañana del 26 de noviembre se despejó el pasadizo de las ruinas que lo llenaban y hallaron otra puerta sellada. Como la primera, también esta había sido, sin duda, abierta y luego cerrada. “*Con manos temblorosas* -continúa

Carter- *hice un pequeño agujero en el ángulo superior izquierdo*". Después de asegurarse de que ningún gas peligroso salía de la tumba, introdujo una vela encendida en el interior. *"De pronto -dice- no pude ver nada, pues el aire cálido que salía de la cripta hacía vacilar la llama de la vela. Pero cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la luz tenue, pude distinguir muchas cosas, animales extraños, estatuas, oro que reverberaba por doquier. Por un momento fui presa del estupor. Finalmente, lord Carnavon no resistió más y me preguntó lleno de zozobra: ¿ves algo?, sí algo maravillosa. No pude decir más. Enseguida, después de ensanchar la apertura, los dos pudimos ver la cripta e iluminarla con una lámpara eléctrica"*.

"En esos momentos, el tiempo no cuenta. Han pasado miles de años, quizá, desde que el hombre hoyó este suelo y, sin embargo, vestigios de vida rodean al arqueólogo por todas partes. Parece que el muerto hubiera sido enterrado ayer. El aire mismo que respiramos no ha sido renovado durante milenios de años; lo compartimos con el que ha colocado la momia en su última morada. El concepto de tiempo desaparece aquí. (...) Lo primero que vimos fueron tres grandes parihuelas doradas. Tenían los brazos esculpidos en forma de cabeza de león, de hipopótamo y de vaca, los tres animales que eran la encarnación de la diosa Hator. Cuando fueron iluminados por la luz, las esculturas se proyectaron en forma fantástica sobre los muros. Estábamos casi asustados. Luego nos llamaron la atención, un par de estatuas de reyes de tamaño natural. Se levantaban como dos centinelas cerca de la pared derecha y llevaban una túnica dorada; tenían en las manos una maza de combate y un bastón, y en la frente la cobra sagrada, símbolo del poder real. De repente, nos asaltó una idea: Que raro, no hay ningún sarcófago ni la más ligera señal de una momia.

Después entre los dos centinelas descubrimos otra puerta sellada; comprendimos entonces que la sala en la que nos encontrábamos era la antecámara de la verdadera cripta. Detrás de esta última puerta debían esconderse otras salas, y en una de ellas íbamos a descubrir al faraón en toda su magnificencia”.

En la mañana del día siguiente, el jefe de la expedición examinó la tercera puerta sellada y descubrió un agujero echo por alguien y después tapado y sellado, su abertura era bastante grande para que un hombre delgado pudiera colarse por ella. “*¡No éramos los primeros en entrar allí!, -escribe Carter- ¡Los ladrones se nos habían adelantado una vez más y no nos quedaba más que comprobar la gravedad del saqueo! Nos hubiera gustado abrir esa puerta sin esperar más y poner así fin a nuestra incertidumbre, pero los muchos y ricos objetos de la antecámara estaban muy estropeados y no podíamos retirarlos sin antes hacer una lista completa de estos descubrimientos y haberlos fotografiado. Y esto requería mucho tiempo”*

Carter y lord Carnavon iniciaron, pues, el inventario de las maravillas de la antecámara, y mientras estaban ocupados en ello dieron con un nuevo descubrimiento: otra puerta sellada en la que los ladrones habían agujereado pero que esta vez no taparon al abandonar el lugar. Los dos arqueólogos pudieron echar una ojeada al interior de aquella tercera sala, algo más pequeña que la primera, pero atestada de objetos funerarios en un desorden imposible de describir. Las huellas de los ladrones eran evidentes.

El inventario de la antecámara fue muy difícil de llevar a cabo, pues no era fácil extraer un objeto sin dañar a otro. Estaba todo amontonado de tal forma que algunas veces era

necesario construir andamiajes, con las mayores precauciones, para mantener un objeto o un grupo de objetos en su lugar mientras se levantaban otros. Algunas de estas maravillas estaban en perfecto estado de conservación; otras eran tan frágiles que no se podía adivinar si serían capaces de soportar más el propio peso cuando se las extrajera de aquella maraña de objetos. Se planteó, entonces el problema de si debían ser estudiadas en el mismo lugar o resistirían el traslado al laboratorio, para su investigación. Frecuentemente fue necesario optar por la primera solución.

“El trabajo sería lento y capaz de destrozar los nervios al más paciente, pero siempre tuvimos en cuenta la responsabilidad que pesaba sobre nosotros. El arqueólogo no es dueño de lo que descubre, ni lo puede tratar como le plazca. Cada hallazgo es un regalo del pasado al presente y el arqueólogo no es más que un intermediario. Si por indiferencia, descuido o incompetencia, estropea las posibilidades de su hallazgo es culpable de un grave delito. Si trabaja con poca atención o demasiada prisa, puede hacer que se escape una suerte que ya no volverá jamás. Poseídos por estas ideas, se puede imaginar los sentimientos que abrigaríamos durante el tiempo que duraron los trabajos. El peligro del robo no dejaba de inquietarnos. Ya he dicho que la tumba de Tutankamón no fue respetada por los ladrones de siglos pasados, pues el sello de la primera puerta probaba que la tumba fue profanada unos años después de los funerales del faraón. Los ladrones intentaron llevarse, en primer lugar, los objetos de oro macizo, pero felizmente, debieron de obrar un tanto a la ligera porque muchas joyas escaparon de su codicia. Con todo, nunca sabremos exactamente que tesoros habrán robado. (...) Siete semanas fueron necesarias para evacuar la primera sala y en verdad que nos sentimos aliviados al dar fin a ello”.

Con ello podían descubrir el misterio de la última sala y derribaron con sumo cuidado una parte del muro de separación. Una especie de altar recubierto de oro y engastado con magnífica porcelana azul obstruía el paso e iluminaba toda la sala con su resplandor. Era casi seguro que rodeaba el sarcófago real.

La preocupación de los arqueólogos era si los ladrones habían llegado hasta el faraón. Carter y lord Cavanon sumamente emocionados hicieron saltar los cerrojos del tabernáculo y abrieron las puertas. En el interior hallaron otro tabernáculo más pequeño; las puertas estaban cerradas y de los cerrojos pendía un sello intacto. No cabría duda. Por primera vez, se encontraban ante el cuerpo de un rey de Egipto cuyo reposo no había sido turbado por los saqueadores de tumbas.

Pero la habitación del sarcófago ofrecía otros hallazgos interesantes. Había una puerta que se abría a una cuarta sala. *“Al primer golpe de vista -dice Carter-, nos convencimos de que los mayores tesoros de la tumba estaban allí. Cerca del muro, precisamente frente a la entrada, se encontraba el más bello monumento que se pudiera contemplar. Estaba compuesto por un gran sepulcro recubierto de oro y rematado por una especie de friso formado de serpientes sagradas. Alrededor de este sepulcro aparecían las estatuas de las cuatro diosas protectoras de la muerte, cuyas encantadoras siluetas levantaban el brazo en señal de bendición. Su actitud era tan natural y sus rostros expresaban tal simpatía y piedad, que nos parecía que las estábamos profanando con solo mirarlas.”*

Después de muchas dificultades con el gobierno egipcio, Carter obtuvo la autorización para abrir el sarcófago de Tutankamón en el otoño de 1925. Encontró un féretro de madera; en el interior de éste, otro féretro semejante contenía

un tercer ataúd, el más rico que haya existido en el mundo, de oro puro y engastado con esmaltes de vivos colores. Pesaba doscientos kilogramos, algunos dicen que cuatrocientos. El examen anatómico de la momia reveló que el faraón acababa de cumplir dieciocho años en el momento de su muerte. Con el mayor secreto, el féretro fue transportado al Museo Egipcio de El Cairo, a donde llegó el primer día de 1926.

Nunca se produjo un descubrimiento tan valioso como el de la tumba de Tutankamón. La belleza y riqueza de los muebles y de sus obras de arte sobrepasaban cuanto se había encontrado hasta entonces en Egipto. Gracias a la tumba de este joven faraón, la cultura egipcia atrajo muchos estudiosos que hoy admiten que dicha cultura ejerció sobre los pueblos vecinos una influencia mucho más profunda de lo que se creía anteriormente. Cuando se contemplan las riquezas que encerraba la tumba de un insignificante faraón, cuyo reinado no duró más de seis o siete años, se adivina el esplendor con que debieron amueblarse las tumbas de faraones tan poderosos como Tutmosis III, Amenofis II, Seti I y Ramsés II.

La maldición aguarda en una tumba

Después de la apertura oficial de la cámara sepulcral de Tutankhamon, Lord Carnarvon que se sentía agotado, decidió marchar a Asuán para pasar unos días de descanso. Allí al parecer, sufrió la picadura de un mosquito en la mejilla izquierda. Esto debió ser algo normal en Egipto en aquellos tiempos en que no existían insecticidas ni preparados antimosquitos como los que hoy en día utiliza cualquier viajero que se acerca a aquellas tierras. El caso es que la picadura debió infectarse o hincharse la piel y al afeitarse con su navaja, se cortó sobre la zona inflamada. Se hizo una cura local con yodo, pero poco después se sintió febril y muy cansado hasta el punto de que, siguiendo los consejos de su hija, se metió en cama. Tenía 38° C de temperatura. Así estuvo un par de días mejorando pasajeramente. Se levantó y a las pocas horas se sintió mal de nuevo y volvió a guardar cama.

Lord Carnarvon tenía 57 años por entonces. Su hija intentó su traslado a El Cairo el 14 de marzo, pero se encontraba tan sumamente débil y agotado por la fiebre que no tuvo ánimos para viajar. Lady Evelyn, alarmada, había llamado a su madre Lady Almina y a su médico de cabecera el Dr. Johnson que estaban en Inglaterra y que llegaron al poco tiempo en avión. Igualmente avisó a su hermano Porchey que estaba en la India y que llegó con el tiempo justo para ver a su padre aún vivo. También puso un telegrama a Carter quien inmediatamente se desplazó hasta el hotel donde se encontraba su amigo y mecenas.

Llegaron tarde. Lord Carnarvon estaba casi inconsciente. Deliraba. Fue diagnosticado de septicemia y neumonía. La temperatura subió por encima de 40° C. Y el 5 de abril de aquel año de 1923 a la 1:50 a.m., ciento treinta días después de la apertura de la tumba, dejaba de existir. Sus últimas palabras, en medio de su delirio fueron: "*He escuchado su llamada y le sigo*".

Cuenta su hijo que súbitamente se apagaron las luces. Fue una interrupción del fluido eléctrico cuya causa no supieron explicar técnicamente en la central eléctrica, y que obligó a llevar velas al cuarto del difunto. Y cuenta también que por extraña coincidencia, su perra Susie, que estaba mutilada de una pata, y que tantas veces acompañó a su amo en sus viajes a Egipto, moría en su castillo de Highclere al mismo tiempo que Lord Carnarvon.

La familia dispuso que el cuerpo fuese embalsamado para trasladarlo a Inglaterra, donde querían que fuese enterrado en Beacon Hill, junto a su mansión inglesa.

Paralelamente había comenzado a circular una no menos abundante parafernalia que desembocó en la supuesta maldición que el rey legó a la posteridad para todo aquel que osara perturbar su sueño eterno, una maldición que hablaba de muerte. Hemos de situarnos en 1923 e imaginar las diferencias en cuanto a comunicaciones con las que conocemos en la actualidad. Un mundo ávido de noticias que suple con imaginación lo que no encuentra en los periódicos. Una sociedad que no disfruta de las posibilidades de la televisión para introducir los acontecimientos en nuestros hogares.

Por otro lado, debemos considerar que la concesión de la exclusiva (sí, ya existían en aquella época) de toda la información al periódico "The Times" por parte de lord

Carnarvon, había dejado sin tajada informativa al resto de los medios. No puede extrañarnos que la oportuna aparición de aquellos rumores de maldiciones, que no necesitaban ser corroborados de forma directa en la tumba, se convirtiesen en la mejor carnaza que podían esperar los periodistas despechados. Fuese con el ánimo de sacar dinero de cualquier forma o con la intención de sabotear el trabajo de Carter haciendo cundir el miedo entre la población egipcia y de medio mundo, lo cierto es que funcionó, ¡y de qué manera!

A partir de la muerte de Lord Carnarvon, comienza la leyenda de la venganza del Faraón por haber alterado su tranquilidad al profanar su tumba. En la prensa local, hacía unos días que una novelista, Marie Corelli, había escrito: *“Sobre los intrusos en una tumba sellada, cae el castigo más horrible”* y había levantado tal conmoción que la muerte de lord Carnarvon fue la mejor “peor” noticia para cualquier redactor jefe en Nueva York, Londres o París.

El mismo día en que la noticia de su muerte llegó a Inglaterra, un cronista de “The Times” estaba entrevistando a sir Arthur Conan Doyle. El famoso escritor, a pesar de haber creado a ese compendio de la lógica y del razonamiento que es el detective Sherlock Holmes, era un firme creyente de historias fantasmagóricas, incluyendo hechizos y aparecidos. Cuando el reportero le mencionó la carta de Corelli, Doyle le dio absoluto crédito y lo atribuyó a “elementos” creados por los antiguos sacerdotes para custodiar la tumba.

Excluidos de las primicias a las que accedía “The Times”, los diarios británicos se regodearon con la hipótesis de la maldición de la momia. Se habló mucho de una maldición existente en la tumba. Lo cierto es que mientras muchos autores niegan que hubiese ninguna maldición escrita, otros

autores aseguran que Carter encontró en la antecámara un ostrakon de arcilla de los utilizados por los escribas egipcios para hacer sus anotaciones, de aspecto inofensivo, y que al principio fue catalogado, pero cuando Alan Gardiner descifró los jeroglíficos que tenía fue tachado de la lista de objetos hallados. Por lo visto, la descripción decía: *“La muerte golpeará con su bieldo a aquel que turbe el reposo del Faraón”*.

Parece que no quisieron que trascendiese aquello para evitar a los supersticiosos, especialmente a los trabajadores, que emprendieran la huída. No fue fotografiada y se ha dado por perdida. Luego, siempre según estos autores, en un amuleto hallado en la cámara principal, se encontró otra inscripción que decía: *“Yo soy el que ahuyenta a los profanadores de tumbas con la llamada del desierto. Yo soy el que custodia la tumba de Tutankhamon”*.

A todo esto se unieron un par de circunstancias fortuitas que fueron vistas por los supersticiosos egipcios como mal augurio. El día anterior al descubrimiento de la tumba, Carter fue picado en una mano por un alacrán, picadura que le mortificó bastante durante la apertura de la tumba. Además, ese mismo día en la casa donde dormía Carter junto a las excavaciones, penetró una serpiente y se comió a un canario al que tenía mucho cariño. Era todo aquello suficiente para que los egipcios empezasen a murmurar. Algunos llegaron a decir: *“Esta gente encontrará oro y muerte”*.

Por si todo esto fuera poco, los trabajadores de la excavación vieron un halcón que sobrevolaba la tumba de Tutankhamon y se perdía después en dirección Oeste, *“hacia el otro mundo”* como creían los egipcios. La prensa de entonces, que había tratado en primera plana el hallazgo de la tumba y del tesoro, tenía ya suficiente para escribir la historia sobre *“la*

temible amenaza de la tumba del Faraón”.

Y como dando la razón a los rumores, al poco tiempo de la muerte de Lord Carnarvon, moría también su hermano menor Aubrey Herbert, de 48 años de edad, quien se suicidó en un arrebató de locura. Poco después, en Egipto, moría también la Hermana de la Caridad que actuó como enfermera del noble inglés y que le atendió hasta su muerte.

Comenzaron así una serie de muertes que parecían misteriosas y que desconcertaron a los más incrédulos. En 1929 en el Bath Club al que pertenecía, moría el secretario de Lord Carnarvon, Richard Betkell, hijo único de Lord Westenrys, cuando al parecer gozaba de buena salud. Lo encontraron muerto en su cama. Los médicos dijeron que fue a causa de una embolia.

El 21 de febrero de 1930, la Prensa anunciaba que Lord Westenrys, de 78 años de edad, padre del secretario de Lord Carnarvon *“se lanzó al vacío desde un séptimo piso donde vivía, quedando muerto en el acto”*, al parecer desesperado por la muerte de su hijo. Dicen sus biógrafos que guardaba en su habitación una jarra de alabastro procedente de la tumba de Tutankhamon. Y para colmo, cuando fue llevado al cementerio, el coche fúnebre que llevaba el cadáver, atropelló accidentalmente a un niño de 8 años y le mató.

¿Cómo convencer a millones de personas supersticiosas de que aquello no eran meras casualidades, que la causa verdadera de tan extrañas muertes no era un fenómeno de orden sobrenatural? Los egipcios vieron en aquellas muertes la obra de los malos espíritus, la venganza de Faraón. La Prensa egipcia y la sensacionalista del mundo entero agitó aún más las aguas ya revueltas. Se pensó que los que enterraron al Faraón, habían colocado “trampas” para acabar con los violadores de la tumba y por eso los que intervinieron en el saqueo

arqueológico, de alguna forma estaban condenados a morir de muertes misteriosas.

Las maldiciones han existido desde siempre en Egipto. Es conocido el caso de la tumba de Ursu, “Jefe de los países auríferos de Amon” (dinastía XVIII, 1570-1320 a.C.) en la que se encontró un largo párrafo escrito, amenazando a todo el que penetrase en aquel recinto, dañase su tumba, sacara o violara su cadáver, con el castigo de Ra por el cual *“no transmitirá sus propiedades a sus hijos, su corazón no estará satisfecho en vida, no recibirá agua en la necrópolis y su alma será destruida para siempre”*. Lo cierto es que nadie es inmortal y que tanto los ladrones de tumbas como los egiptólogos, arqueólogos y personal del Servicio de Antigüedades, tenían que morir por ley de vida más tarde o más temprano. Los excavadores habían hallado en ocasiones cadáveres esqueletizados o desecados en el interior de las tumbas que abrían, y que no tenían que ver con la momia allí enterrada. Consideraron que se trataba de ladrones de tumbas que al penetrar a robar con teas encendidas para alumbrarse, consumieron el oxígeno del recinto, asfixiándose, lo que es algo completamente natural. Hubo quienes creyeron que de una forma inexplicable, en las tumbas se almacenaba “energía psíquica concentrada”. Eran los que estaban influenciados por las ideas espiritistas de la época.

Hay una vieja costumbre referente a maldiciones que no es exclusiva de Egipto, que consiste en grabar el nombre de la persona a la que se desea maldecir, en una olla de barro y romper la olla después. Engelbach, Inspector de la Administración de Antigüedades de Egipto, a quien conoció bien Carter, descubrió una tumba cerca de la pirámide de Medun y en ella una tablilla con esta maldición : *“El espíritu del muerto retorcerá el cuello al ladrón de tumbas como a un*

pato". Y junto a la tumba encontró en el suelo un cadáver sin embalsamar, esqueletizado, pero con ropas y restos de piel desecada. Era al parecer un profanador que al tratar de robar los objetos valiosos que llevaba la momia, le cayó una piedra desprendida del techo. ¿Casualidad o trampa ingeniosamente colocada?

Pero las muertes continuaron. Así le tocó el turno al egiptólogo Arthur Weigall, al que seguiría el Profesor Lafleur, que fue el primer científico norteamericano que visitó la tumba de Tutankhamon. Murió en Luxor, de enfermedad desconocida. Regresó a su Hotel, se sintió mal, tuvo un fuerte acceso febril y murió en pocas horas. Su médico no pudo explicarse la causa.

Luego le llegó el turno a Arthur C. Mace, que trabajó con Carter en la catalogación y ordenación del material extraído de la tumba, y que decidió marcharse de Egipto sintiéndose enfermo. Embarcó para Estados Unidos y murió a bordo, en medio del Atlántico..

Lady Almina Carnarvon viuda de Lord Carnarvon murió también por la picadura de un insecto como su marido. Esto aumentó el terror entre muchas personas que no veían ya una casualidad en las muertes sino una fatal y trágica circunstancia; como parecía mostrar el misterioso fallecimiento de Saleh Ben Hamdy que ayudó a practicar la autopsia de Tutankhamon.

James Henry Breasted, que fue uno de los pocos que tuvo la fortuna de asistir a la apertura oficial de la tumba, enfermó poco después gravemente, presentando fuertes accesos febriles y síntomas parecidos a los que tuvo Lord Carnarvon. Mejoró sin embargo, y en noviembre de 1935, a los

70 años de edad, trece años después de sus trabajos en el Valle de los Reyes, moría a bordo del barco que le llevaba a los Estados Unidos.

No tuvo la misma fortuna George Jay Gould, millonario magnate de los ferrocarriles norteamericanos, muy amigo de Lord Carnarvon, que visitó la tumba con Carter. Al amanecer del día siguiente tuvo un acceso de fiebre con síntomas similares a los de su amigo y murió aquella misma noche. Los médicos diagnosticaron “peste bubónica”.

Evelyne White, egiptólogo, que tuvo gran interés en el examen del sepulcro, cayó en un estado de postración que le hizo padecer mucho. Rechazó los cuidados de los médicos y se suicidó, dejando un mensaje: “*Pesaba sobre mí una maldición a la que no tengo más remedio que someterme*”. Y Georges Benedite, egiptólogo francés, del Museo del Louvre de París, fue otra víctima notable. Murió de una caída poco después de la visita a la tumba del Faraón. Casi simultáneamente después de Benedite perecía Mario Passanova, arqueólogo italiano.

Joel Woolf, industrial, fue expresamente a visitar la tumba del Faraón. Después de la visita, embarcó para Inglaterra, enfermó en circunstancias parecidas a las de Jay Gould, con fiebre elevada y murió. Igualmente, Ali Kemel Fahmy Bey, otro visitante de la tumba, murió de un disparo que le hizo su esposa en el Hotel Savoy de Londres.

En total, se relacionaron con la tumba de Tutankhamon más de 26 muertes. Las investigaciones del egiptólogo alemán Georg Steindorf en 1933, demostraron que no había nada de sobrenatural en las muertes de aquellas personas.

¿Por qué no morían los “fellahs” que trabajaron en la excavación? ¿Por qué no murieron los miles de personas, turistas, periodistas y personalidades que visitaron la tumba? ¿Por qué no se habló nada de ellos?

Sin embargo, fueron muchos más, miles, los que tuvieron contacto directo con la tumba y no sufrieron la maldición. Mencionemos sólo algunos casos como ejemplo:

Allan H. Gardiner, egiptólogo murió en 1963 a los 85 años de edad, años después de recibir su título de Sir.

Percy E. Newberry, murió a los 81 años, en 1949, 27 años después de su trabajo en la tumba del Faraón.

Harry Burton, el fotógrafo del equipo de Carter, murió en 1940 a los 60 años.

W.B. Emery que tenía 20 años cuando participó en el hallazgo de la tumba de Tutankhamon, murió 49 años después de aquella misión, a los 69 años.

Engelbach, sobrevivió 24 años al hallazgo, fue el Inspector del Servicio de Antigüedades del Alto Egipto y tenía 59 años cuando murió.

G. Lefèbvre, Conservador Jefe del Museo de El Cairo, sobrevivió 35 años al hallazgo, muriendo a los 79 años.

Douglas Derry, Profesor de la Universidad Fuad I de El Cairo, que hizo la autopsia a la momia de Tutankhamon, decía a sus 75 años: *"Si hay alguien que realmente ha ofendido al Faraón, ese soy yo, y además soy el más expuesto a los peligros que se supone que rodean la momia y la tumba. Además hay varias docenas de colaboradores de Carter y Lord Carnarvon que siguen sanos y vivos"*. Murió en 1969 a los 87 años. Es la mejor demostración de que no había tal maldición.

Lady Evelyn Herbert (de casada Lady Evelyn Beauchamp), que fue una de las primeras personas que entró en la tumba y que había nacido en 1901, murió en 1980 a sus casi 80 años de edad.

Eusebio Güell, Vizconde de Güell, fue otro de los invitados al descubrimiento de la momia. Murió 33 años después, a los 77 años de edad, sin haber padecido ninguna

enfermedad que le hiciese pensar en una maldición.

Por último, ¡y con más motivo que nadie, Howard Carter, fue el número uno de los “implicados” y sobrevivió 17 años al hallazgo. Murió el 2 de marzo de 1939 a los 65 años, de muerte natural. Su frase preferida cuando le hablaban de la “maldición”, era: *“Todo espíritu de comprensión inteligente se halla ausente de esas estúpidas ideas”*. Y añadía: *“Los antiguos egipcios, en lugar de maldecir a quienes se ocupasen de ellos, pedían que se les bendijera y dirigiesen al muerto deseos piadosos y benévolos. Estas historias de maldiciones, son una degeneración actualizada de las trasnochadas leyendas de fantasmas. El investigador se dispone a su trabajo con todo respeto y con una seriedad profesional sagrada, pero libre de ese temor misterioso, tan grato al supersticioso espíritu de la multitud ansiosa de sensaciones”*.

Los textos de las Pirámides

La Necrópolis de Saqqara abarca unos ocho kilómetros, en los que destaca la silueta inconfundible de la Pirámide Escalonada de Zoser (2.800 a.C.), famosa por ser la primera tumba proyectada en forma piramidal; en realidad, se trata de una superposición de mastabas (las antiguas tumbas) ideada por el mítico sacerdote, médico y arquitecto Imhotep.

En este inmenso conjunto funerario, devuelto en su mayor parte a la luz gracias al esfuerzo inextinguible del arqueólogo francés Jean Philippe Lauer, se halla la pirámide de Unas, último rey de la V dinastía y primero en adornar las paredes de su cámara funeraria con la colección más antigua de textos religiosos egipcios que se conoce, una serie de inscripciones conocidas hoy en día como "Textos de la Pirámides".

La pirámide de Unás, fue descubierta posteriormente a las de Pepi I, Teti, Merenré y Pepi II, estas últimas pertenecientes a la VI dinastía, que contenían igualmente inscripciones funerarias. El hallazgo fue resultado de la intuición de Auguste Mariette, célebre arqueólogo fundador del primer Museo Nacional de Egipto (en Bulaq, 1858), que no estaba totalmente convencido de que ninguna pirámide tuviese inscripciones jeroglíficas, como se creía hasta ese momento. Buscando esa confirmación, decidió excavar en los montículos que, por aquella época, se repartían junto a la pirámide de Pepi I.

Sin embargo, tras el feliz descubrimiento de la cámara real de Pepi I, en mayo de 1880, cuyas paredes estaban repletas

de inscripciones, Mariette, basándose en los calcos realizados apresuradamente por su ayudante Emile Brugsch, estimó que éstas eran de época más reciente a la que él había imaginado.

No era del mismo parecer Gaston Maspero, director del Instituto Francés de Arqueología Oriental, que a la muerte de Mariette y disponiendo de un abultado presupuesto siguió con las excavaciones; procediendo a traducir, con sorprendente maestría, y datar los textos que iban apareciendo.

Los estudios realizados en los años treinta sobre los textos encontrados en la pirámide de Unás revelaron que fue en la época de este monarca cuando se esculpieron por primera vez jeroglíficos en las paredes de una cámara sepulcral; como lo prueba la total ausencia de los mismos en la pirámide de su antecesor Dyedkaré-Isesi. Lo que todavía ignoran los arqueólogos son los misteriosos motivos que llevaron a este monarca a romper con la tradición de sus antepasados, colmando de himnos, oraciones y fórmulas mágicas los que hasta su regencia acostumbraban a ser silenciosos y pulidos muros interiores de los mausoleos.

En la cámara real de Unás, bajo un techo azul tapizado de estrellas doradas, los signos jeroglíficos, de color verde claro, cubren las paredes en líneas verticales desde el techo hasta el zócalo. Son más de 200 grupos de textos, de temáticas diferentes y de diferentes épocas; algunos expresados en lengua arcaica, que se reparten por las paredes de manera aparentemente arbitraria. Sin embargo, su posición estaba perfectamente calculada en función de las distintas ceremonias llevadas a cabo durante el funeral.

Su traducción y análisis no sólo nos han permitido deducir que el sistema religioso de los egipcios constructores de las pirámides, en el Imperio Antiguo (2.700-2.200 a.C.),

estaba a la altura de la complejidad de sus propias construcciones; sino que asistimos también a la multitud de problemas con que se enfrentaron en esa época y cómo trataron de solucionarlos adoptando un sistema teológico que sirviera como regla.

En esos textos aparece Osiris como un rey bueno y honesto de Egipto, que enseñó a su pueblo a cultivar la tierra e instituyó las primeras leyes que rigieron la convivencia. Osiris tenía una esposa-hermana, Isis, y un hermano, Set, que lo asesinó para usurpar su trono. Pese a ello, Isis, que es la diosa de las artes mágicas, revive por un tiempo a Osiris, se une con él y concibe un hijo, Horus, destinado a vengar la muerte de su padre reconquistando el trono arrebatado por Set. Mientras Osiris se convertía en el rey de los Muertos.

Las consecuencias que se derivaban de la aceptación de esta mitología eran múltiples. En los textos funerarios se asimilaba al rey muerto con el dios Osiris, lo que lo ponía en contacto directo con el mundo de los dioses y garantizaba su intercesión por los vivos. Si como rey difunto se convertía en Osiris y su hijo se identificaba con Horus, se establecía de este modo que era su sucesor y no su hermano el heredero al trono. Encomendaba también un papel fundamental a la mujer del rey, (Isis), que se convertía en la garantía de la sucesión.

En cuanto a la aparición en este sistema mitológico de Horus y Set, se pueden apreciar otros aspectos. Seguramente, ambas divinidades son anteriores a la creación del relato mítico de la muerte de Osiris. Horus era una divinidad antigua, identificada directamente con la persona del rey en los albores de la historia de Egipto; siempre se la representó con cabeza de halcón; posiblemente, relacionado con ritos prehistóricos de la caza. En cuanto a Set, puede tratarse de una divinidad proveniente de alguna zona más allá del desierto.

Ambas personalidades divinas fueron modificadas en función del mito, adaptándose a la ideología estatal, que tan claramente aparece reflejada en su estructura, y con ellas otras divinidades que acabarán componiendo la Eneida Heliopolitana, un grupo de nueve dioses que representan la base del orden cósmico:

“El primero es Atón-Ra, que surgió del montículo de tierra primordial y concibió toda la creación en su corazón. A él se debe la primera división entre lo masculino y lo femenino creando a sus hijos Shu (dios del aire) y Tefnut (diosa de la humedad). De esa unión sexual entre el aire y la humedad nacerán Geb (dios de la tierra) y Nut (diosa del cielo); engendrados a su vez de dos pares de gemelos: Osiris e Isis, que se enamoraron en el vientre materno, y Neftis, que odiaba a su hermano gemelo Set”.

Precisamente, la última generación será donde se fundamenten las bases del orden civil. Osiris enseña las leyes y las artes de la agricultura y, contrariamente a los otros dioses, muere para dejar su lugar a Horus, que es el rey viviente, el cual deja de ser un dios celeste para integrarse en una jerarquía donde adopta el papel del hijo de Osiris. Seth se convierte en el dios de todo lo que es enemigo de Egipto, es decir, todo lo que puede constituir una crisis en el orden establecido; y su eterna derrota sirve para asegurar que las fuerzas del caos nunca prevalecerán. Por último, Isis, representa el poder de la magia y la sabiduría que enseña a embalsamar los cuerpos para su viaje hacia la inmortalidad.

Se sintetizaban, pues, a través de este mito que aparece en los “Textos de las Pirámides” todos los conceptos, ritos de distintas épocas y variadas convicciones que estaban profundamente enraizadas en el pueblo habitante de las riberas

del Nilo. A la vez que con estas libres asociaciones entre divinidades se permitía crear un sistema lo suficientemente "elástico" para resistir adicciones de todo tipo. Prueba de ello es que duró más de dos mil años.

Descubrimos, por tanto, gracias a los textos inscritos en las paredes de la Pirámide de Unás, que los antiguos egipcios tenían un sistema altamente totalizador para interpretar el universo, en el cual estaban integrados todos los aspectos de la vida cotidiana en términos míticos. Todo lo que un egipcio podía contemplar a su alrededor: la sucesión de amanecer y atardecer, la inundación del Nilo, la siembra y la cosecha, la estructura de su gobierno o el culto a los difuntos, quedaba englobado dentro de una historia cósmica que lo convertía en coherente y estable. Como una partitura que admite la inclusión de cualquier instrumento, incluso la improvisación, porque sabe que permanecerá intacto el sentido de la melodía.

Los numerosos cambios y las diversas fusiones de divinidades, no serán un inconveniente para que el Sol, como vehículo trascendente hacia la inmortalidad siempre prevalezca. Desde los orígenes de una teología hermopolitana basada en la iniciación, donde sólo aquellos que alcanzan la perfección pueden acceder a una nueva vida en el más allá; pasando por la teología heliopolitana, donde la inmortalidad pertenece a los privilegios de una casta, se la merezca o no, dado que el faraón representa al sol; hasta confluir en el triunfo democrático de Osiris, que acaba extendiendo la posibilidad de vida eterna a todo aquel que sea capaz de superar unas pruebas basadas en la ética y la religión.

Manual de itinerarios

Son muchas y muy variadas las versiones que se poseen de los textos funerarios en Egipto. Las distintas revisiones efectuadas a lo largo de los siglos y la multitud de copias realizadas del que podríamos llamar el best-seller faraónico por excelencia, “El Libro de los Muertos”, dificultan el ofrecer una versión unitaria de los incidentes que jalonan el viaje del difunto a través del Más Allá.

Como ya dijimos, estos rollos introducidos en los ataúdes eran una especie de compendio de oraciones, sortilegios, himnos, consejos técnicos e incluso narraciones, que variaban atendiendo al lugar, el difunto o la época en que el funeral era celebrado. Esto nos lleva a sintetizar en lo posible los pasos fundamentales y coincidentes de las diferentes transcripciones:

En el rito funerario celebrado en el interior de la tumba, el sacerdote inicia la lectura del “Libro de los Muertos” hablando de los preparativos que el difunto debe llevar a cabo para iniciar su viaje. El muerto está inquieto por la suerte que le aguarda en ese otro mundo desconocido. Junto a él, en su tumba, están los shawabti, las pequeñas estatuillas que trabajarán en su nombre en los Campos de los Bienaventurados, allí donde se realizará la siembra y la cosecha, pues el difunto necesitará igualmente alimentarse. El libro señala, precisamente, la conveniencia de ser prevenidos, resaltando la importancia de los alimentos en el Más Allá, y de cómo el hambre y la sed serán saciadas, después de muertos, en presencia de Osiris.

Una vez preparado para el viaje, el difunto recorrerá las Doce regiones del Duat, donde arden los lagos de fuego y se ocultan los dioses que intentarán arrancarle el corazón de sus entrañas. Es absolutamente necesario que el difunto conserve los hechizos mágicos con los que fue enterrado y debiendo gritar las plegarias para espantar a los espíritus maléficos que lo acechan; como los ocho demonios con cabeza de cocodrilo que se alimentan de inmundicias y escupen fuego por sus bocas.

Llegados a esta altura del texto, donde se describen las escenas espeluznantes y los cataclismos que estremecen al mundo subterráneo, debemos llamar la atención sobre uno de los aspectos más sobrecogedores y misteriosos en el mundo de las religiones: la oscura coincidencia que se da en todas las tradiciones y mitos en cuanto a la narración de unos desastres acontecidos en el pasado más legendario.

Esas “guerras en el cielo”, ese “hundimiento de los mundos”, citados en el “Libro de los Muertos”, ¿no se corresponden acaso con los mismos acontecimientos descritos en el relato babilónico del Diluvio, narrado en la epopeya de Gilgamés, o con la destrucción de Sodoma y Gomorra, tal como se narra en la Biblia? ¿Cuáles fueron las espantosas hecatombes a las que se vió sometido nuestro planeta en la Noche de los Tiempos, para que su recuerdo aflore como paradigma del extremo terror en todos y cada uno de los mitos primigenios de cuantas civilizaciones han existido? ¿Y quienes fueron aquellos pavorosos titanes, aquellos gigantescos seres que, mientras el ser humano era apenas un boceto, se enfrentaban en el combate más colosal jamás descrito? Tal vez, al final de su travesía sobre la Barca solar, el difunto obtenga todas las respuestas.

Después, el sacerdote recitará los capítulos que en el Libro están destinados a la divinización de los miembros del difunto; donde se le explicará que su cuerpo no podrá pudrirse ni ser despedazado y se explicarán los métodos para su embalsamamiento, de modo que se convierta en un cuerpo espiritual que se eleve hacia la Luz.

Más adelante se recitan los sortilegios para que el alma vuelva a recobrar el Sopro de Vida y se eleve hacia el Sol, rejuveneciendo en el seno de Isis, para ser después admitida en la Residencia de los dioses.

Luego el sacerdote salmodiará las Formulas de Transformación para que el alma del difunto adquiriera nueva sabiduría y se prepare para presentarse ante el tribunal de Osiris. Deberá también adquirir el conocimiento de los Libros secretos de Thot y el de los Misterios de Occidente, para que pueda ascender los Siete Peldaños de Luz que conducen al reino de Osiris.

Llega el momento en que las obras del muerto van a ser juzgadas en la balanza ante los Señores de la Justicia y de la Verdad, ante los Siete Luminosos, los Siete espíritus y ante Osiris. El Devorador de Almas, con cabeza de cocodrilo y vientre de hipopótamo, aguarda junto a la balanza un juicio desfavorable para el alma del difunto. Mientras el alma hará la Confesión Negativa, ante Thot y Anubis, donde deberá justificar que siempre ha actuado con rectitud y que nunca ha cometido un acto impuro.

Será entonces cuando su corazón se pondrá sobre un plato de la balanza y la pluma de Maat, la pluma de la verdad, en el otro plato. Si los dos platos se equilibran, entonces Thot se vuelve hacia Osiris y le comunica que el corazón del muerto es justo.

A partir de ese momento, el muerto, el “Justificado”, podrá situarse entre los Inmortales y moverse a su antojo donde quiera: la tierra de los vivos, los templos, a las doce regiones del mundo inferior o a los Campos de Juncos donde la comida abunda para toda la eternidad. Verá fluir el Nilo celeste, la Vía Láctea, y contemplará el Globo cósmico.

Sentirá como los miembros de su cuerpo vuelven a ser ajustados en su lugar y recuperará el movimiento de sus piernas y el habla de su boca. Y podrá pasear por los Campos Celestes, allí en el Amenti, donde brillan las almas convertidas en estrellas imperecederas.

¿Qué esconde la Esfinge de Gizeh?

Inquietante guardián de los secretos, la Esfinge de Gizeh, el “Abu Jaúl”, (padre del terror), como es conocida en las aldeas cercanas a su emplazamiento, sigue encerrando, a estas alturas, algunos de los más insondables misterios de Egipto, bajo sus enormes garras de piedra.

En el año 1.818, el capitán Giovanni Battista Caviglia conseguiría desenterrar de las arenas del desierto esta gigantesca figura de león tendido con cabeza humana, cuyo rostro se asoció desde aquel momento a los rasgos del faraón Kefrén, por hallarse junto al pasillo que conduce a su pirámide. Con 70 metros de largo, por 15 de ancho y 20 de alto, las teorías oficiales atribuyen su construcción a una contingencia, más que a un plan premeditado. Al parecer, cuando los obreros de la obra de Kefrén arrancaron la piedra necesaria para levantar la estructura interna de la pirámide, dejaron en mitad de la cantera un gran promontorio de roca que recordaba en su forma a la figura de un león tumbado; los canteros no tuvieron más que esculpir los detalles hasta lograr la apariencia adecuada y luego se le unió la cabeza. Según esta teoría, la antigüedad de la Esfinge correspondería a la época del faraón Kefrén (2.520-2.494 a.C.); fecha que sigue siendo aceptada, pues supone una de las piezas fundamentales de la cronología de la Historia de Egipto por parte de la egiptología oficial.

Sin embargo, la mención y descripción por Auguste Mariette de una estela, conocida como “Estela Inventario”, mandada construir por el faraón Keops y donde se hace referencia a que la Gran Pirámide y la Esfinge existían mucho

antes de la IV Dinastía, pone en entredicho la adjudicación a Kefrén. Naturalmente, los egiptólogos nunca tomaron en serio dicha estela, pues supondría el poner demasiadas cosas en evidencia, como por ejemplo su sistema de datación, basado precisamente en la supuesta edad de los monumentos de Gizeh.

La cuestión es que, desde muy antiguo, la Esfinge ha despertado la fascinación de cuantos la visitan. Desde el faraón Tutmosis IV (1.400 a.C.), quien un día, cuando todavía era príncipe, se quedó dormido a la sombra de la Esfinge y ésta le habló diciéndole que si la desenterraba le coronaría rey de Egipto; cosa que parece ser que hizo. Hasta Plinio el Viejo; en el siglo I d.C., cuando afirma que bajo su cuerpo existía un corredor que la unía con la Gran Pirámide.

Y aquí comienza el ovillo interminable del misterio, por lo menos hasta el momento. Porque son muchos los clásicos (Hefesio, Claudio Ptolomeo, Cicerón, Séneca, Horacio, etc.) que hacen mención a la existencia de una serie de cámaras bajo el León de Gizeh. Incluso, Jamblico, especifica más, describiendo que tenía una gran puerta, con hojas de bronce, y que en su interior se celebraban ritos de la diosa Isis. (De la que, por cierto, sigue buscándose su templo, el famoso Iseión, en la misma planicie).

Pese a las reticencias de numerosos egiptólogos y, sobre todo, la férrea oposición del señor Zahi Hawass, Director del Patrimonio de Gizeh, quien por una u otra razón siempre se ha opuesto, bastante sospechosamente, a que se realice ninguna excavación en la zona de la Esfinge; han sido muchos los investigadores que se han esforzado por revelar algunas flagrantes contradicciones con la versión oficial.

Ya en 1.987, especialistas de la Universidad de Waseda, de Japón, utilizando un radar electrónico que llegaba a atravesar masas sólidas, detectaron espacios vacíos en las

entrañas de la esfinge; lo que venía a corroborar las afirmaciones de los clásicos. Pero, entonces, ¿estaban también en lo cierto los autores clásicos al afirmar una mayor antigüedad de la Esfinge?

A principios de los noventa, John Anthony West y un grupo de investigadores americanos, cuestionaron la datación de la esfinge basándose en los rastros de erosión sobre el monumento, y que parecían datar de al menos 11.000 años antes de la fecha fijada hasta entonces por los egiptólogos. Esta apreciación, venía a coincidir con las cronologías de escritores egipcios, como Manetón, que remontaban el inicio de la historia de Egipto muchos miles de años atrás. Los análisis minuciosos de esa erosión habían sido realizados, junto con West, por el geólogo Robert Schoch y el geofísico Thomas Dobecki, de la Universidad de Boston; dando como resultado que era producto de la lluvia; ¡y esta lluvia tenía que ser anterior al último cambio climática que asoló al Desierto del Sahara al final de la última Era Glacial!

Las conclusiones de estos análisis fueron corroboradas por la Sociedad de Geología Americana, apareciendo en el "New York Times", junto con otros estudios que desmontaban la teoría sobre el parecido entre la cabeza de la Esfinge y el faraón Kefrén, o hablaban de nuevas pruebas sobre la existencia de cámaras y túneles bajo la estatua.

El interés despertado por estos informes, procedentes de científicos de gran solvencia, suscitó la recaudación de fondos para que se iniciaran unas excavaciones en Gizeh; pero, fue en ese momento cuando toda la comunidad egiptológica oficialista empezó a presionar al gobierno egipcio para que no permitiera esas excavaciones, aduciendo que peligraba el estado de la Esfinge. A partir de 1.993 se prohibió todo tipo de investigación, salvo aquellas que contaran con la aprobación

del señor Zahi Hawass y sus colegas, acérrimos defensores del retorno a los tiempos de Champolion.

Muy a pesar de ellos, el profundo descenso del turismo, por la amenaza terrorista fundamentalista, y la necesidad de generar noticias atrayentes sobre Egipto, obligó al ministerio de economía egipcio a presionar a Hawass y su pandilla para que admitieran, en abril de 1.996, una expedición dirigida por Joe Schworck, miembro del Instituto Arqueológico de Nueva York. Durante tres semanas de investigaciones, en las que también participaron científicos de la Universidad de Florida, se realizaron detecciones a distancia con equipos de alta tecnología alrededor de la Esfinge, que revelaron la existencia de diversas salas y túneles subterráneos, tal como lo habían sugerido los especialistas de la universidad japonesa de Waseda, que partían de su parte posterior.

No obstante, y sin inmutarse por lo trascendental de este descubrimiento, Hawass sigue en sus trece y no permite ninguna excavación. ¿De qué tiene miedo el director de Patrimonio? ¿Es más fuerte su orgullo herido que su curiosidad? ¿O es verdad, como se rumorea en algunos cafés de El Cairo, que se han realizado unas excavaciones secretas, pero que los resultados obtenidos son tan demoledores para la ortodoxia egiptológica que nadie se atreve a revelarlos?

Seguramente no es más que eso, rumores de café.

Sirio y el templo desaparecido de Isis

A lo largo de todas estas páginas, la diosa Isis, aparece y desaparece, presintiéndola siempre agazapada tras aquellos misterios que aún no nos han sido revelados. Por eso, su relación con una de las últimas hipótesis que han salido a la palestra, —la relación entre la colocación de las pirámides de Gizeh y el cinturón de Orión—, no puede en absoluto sorprendernos.

Según la teoría elaborada por Robert G. Bauval, las tres pirámides de Gizeh y otros templos que todavía no han sido descubiertos estarían colocados siguiendo el modelo de la constelación de Orión, que para los egipcios representaba a Osiris; donde las pirámides coincidirían con la tríada de estrellas que forman el cinturón. Si esto fuese así, el esplendoroso Templo de Isis, el Iseión, estaría situado sobre la prolongación noroeste de la diagonal que atraviesa a las pirámides; pues esa es la posición de Sirio en el firmamento.

Para el pueblo egipcio la estrella Sirio correspondía a Isis, pues era la estrella brillante que se alzaba por las mañanas para anunciar la resurrección del dios sol. Contemplar un astro tan brillante, en una civilización profundamente interesada por el estudio del firmamento, debió ser una gran visión, precursora de eternos mensajes divinos. Al alcanzar su ascensión heliaca durante el solsticio de verano, se la asoció con la crecida del Nilo y llegó a marcar el comienzo del Año Nuevo. No era extraño, pues, el que fuera asociada con Isis, también antigua diosa de la agricultura.

Esta estrella, conocida por los egipcios con el nombre de “Sopdet”, era también conocida como la “Estrella del

Perro”, que seguía a Orión “El Cazador”. (Sobre este punto sería bueno analizar la identificación posterior entre la presencia del perro acompañante, en la iconografía de la Edad Media, y su significado de iniciación; un concepto muy isíaco). Nueve veces más brillante que las estrellas normales de primera magnitud y 23 veces más que nuestro sol, podía ser fácilmente observada durante el día. Posiblemente, por ese motivo recibiera el nombre de Sirio, que significa “brillante” o “abrasador”, ya que ascendía en la época de mayor calor estival.

A pesar de esta nueva perspectiva, hasta el momento no se han obtenido resultados de la búsqueda de ese maravilloso Iseión, que debería encontrarse bajo la aldea de Nazlet el Simman. Un templo que debería ser de color rojo, en honor al color de la estrella Sirio, tal como lo veían los egipcios y lo narran los autores clásicos. Esto último sorprende, pues la coloración actual de la estrella Sirio es blanca y azulada, y la astrofísica no puede encontrar explicación a ese cambio de tonalidad.

Pero es que Sirio parece ser una estrella aficionada a emparentarse con misterios, como es el caso del pueblo Dogón, en Malí, descubierto por los antropólogos Griaule y Dieterlen. El caso es que las leyendas de este pueblo primitivo describen, asombrosamente, las características de la estrella Sirio con todo detalle, incluso sus períodos exactos de rotación, anticipándose en siglos a los descubrimientos de la Ciencia, que necesitó el desarrollo de potentes telescopios para observar lo mismo. ¿Cómo pudo este pueblo conocer todos los detalles de una estrella tan lejana, sin ninguna clase de medio técnico? Ellos responden que un dios anfibio les entregó ese saber.

¿Sería acaso aquella que fue llamada “Estrella de los mares”?

El laberinto y la tumba de Imhotep

Otro de los míticos monumentos egipcios que se hallan ocultos bajo el mar de arena del desierto y cuyas profundidades, hasta el momento, guardan celosamente, es el famoso laberinto de Amenemhat III (1.800 a.C.).

Esta portentosa construcción, que sirvió de modelo al famoso laberinto cretense de Knossos, el que alojaba al Minotauro; fue construido para confundir a los ladrones de tumbas, pues solamente a través de él se podía acceder a las cámaras funerarias. Resultan confusas las descripciones que tenemos de su emplazamiento, pues en las ruinas de la pirámide de Amenemhat III, en Hawara, cerca de El Fayum, no se ha encontrado ni rastro de tan magna construcción. Lo que sorprende, si hacemos caso a Herodoto, que se quedó estupefacto ante aquel complicado palacio, con sus tres mil quinientas habitaciones, la mitad de las cuales se encontraban por encima y la otra mitad por debajo del nivel del suelo (las cámaras funerarias); y sus doce gigantescos patios cubiertos, seis orientados al norte y seis al sur. Todo ello rodeado por un único muro, una de cuyas paredes desaparecía bajo las aguas de un lago.

Seguramente, esa fue la razón de que los egipcios lo denominaran con una palabra que significaba "el templo a la entrada del lago", y que los griegos tradujeron por la expresión "labyrinthos".

Su gran tamaño, su magnífica construcción, sus blancos mármoles, su cuidado ornamento, y su complicada estructura despertaron la mayor de las admiraciones en la antigüedad y vuelven todavía más decepcionante la ausencia total de sus restos.

¿Cómo es posible que estructuras tan enormes puedan permanecer ocultas e indetectables al hombre y sus medios tecnológicos? Según el Servicio Egipcio de Antigüedades, es algo tan normal que consideran que hasta el momento sólo se han descubierto un 20% de todos los monumentos enterrados bajo las arenas de Egipto.

Pero, ¿cómo se puede esconder una pirámide? Y más cuando esa pirámide pertenece al hombre, que luego fue dios, y que pasó a la historia como el primer constructor de pirámides.

Nos referimos, naturalmente, a la desaparecida tumba del

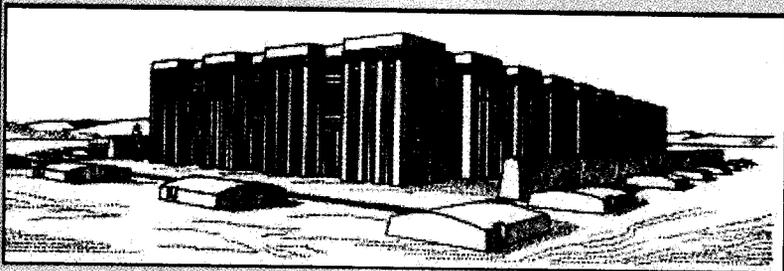
gran Imhotep, visir del faraón Zoser (2.650 a.C.), sumo sacerdote, arquitecto, médico, matemático y escritor. El primer científico conocido de la Historia, aquél que concibió la idea de elevar las mastabas hacia el cielo, creando así la primera pirámide escalonada.

En su crónica sobre su viaje a Egipto, Luciano de Samosata (175 a.C.), menciona su visita a la tumba de Imhotep, cerca de Menfis. Y cómo pudo ver cómo los enfermos, después de ir al "Asclepión", se acercaban para dejar sus ofrendas en el sepulcro.

El "Asclepión", según refieren algunos textos egipcios, era una capilla destinada a la sanación, construida cerca de Sakkara en honor a Imhotep, el Asclepio, dios de la medicina, de los griegos, de ahí el nombre de la construcción. En su interior, había sacerdotes-médicos que aplicaban remedios; además de estatuas del divino Imhotep que, supuestamente eran las que obraban el milagro.

Los arqueólogos piensan que el hallazgo de cualquiera de los dos monumentos, (si no se trata de uno solo dividido en dos partes), tratándose de un personaje de tanta importancia dentro del desarrollo de las ciencias en Egipto, sería fundamental para despejar muchas dudas sobre ciertos problemas técnicos. En realidad, se tiene la esperanza de que en la tumba de Imhotep, al ser un importante arquitecto, puedan aparecer pinturas y grabados que representen escenas de la construcción de las pirámides; lo que sería un gran avance para los estudios egiptológicos.

Otros, esperan encontrar sobre su sarcófago el mítico libro de donde se dice que extrajo toda su sabiduría y que le había sido legado por el cielo.



Dibujo que efectuamos con los datos anteriores. Así podría ser el laberinto de Imhotep.

Similitudes de Isis y el culto a la Virgen

En la mayoría de los cultos antiguos sobre la resurrección se hace referencia a una diosa madre y un dios de ultratumba cuyo amor acaba venciendo a la muerte. En la religión egipcia ese mito se halla recogido en la leyenda de Isis, hermana y esposa de Osiris, y madre de Horus.

La presencia e influencia de Isis en todas las deidades femeninas paganas era ya reconocida en la antigüedad, como se puede comprobar en “La metamorfosis o el Asno de Oro” de Lucio Apuleyo (125-180):

“A mí, sola y una diosa, honra y sacrifica todo el mundo en muchas maneras de nombres. de aquí los troyanos, que fueron los primeros que nacieron en el mundo, me llaman Peninsutica, madre de los dioses. De aquí asimismo, los atenienses, naturales y allí nacidos, me llaman Minerva cecrópea, y también los de Chipre, que moran cerca de la mar, me nombran Venus Pafia. Los arqueros y sagitarios de Creta, Diana. Los sicilianos de tres lenguas me llaman Proserpina. Los eleusinos, la diosa Ceres antigua. Otros me llaman Juno, otros Bellona, otros Hecates, otros Ranusia. Los etíopes, ilustrados de los hirvientes rayos del sol, cuando nace, y los arrios y egipcios, poderosos y sabios, donde nació toda la doctrina (el subrayado es mío), cuando me honran y sacrifican con mis propios ritos y ceremonias, me llaman mi verdadero nombre, que es la reina Isis”.

“...Y los cristianos me llaman Virgen María”, cabría añadir, pues son tantas y tan manifiestas las similitudes entre las dos figuras que no se puede hablar de una simple influencia, sino más bien de una pervivencia en toda regla.

El prestigio de Isis era tan grande que acabó absorbiendo a todas las divinidades femeninas, en primer lugar a las de Egipto, y posteriormente a todas las del Imperio romano. Las diferentes provincias adoraban a los dioses egipcios, desde África Septentrional hasta el valle del Danubio, desde Inglaterra hasta el valle del Indus. Pero el triunfo de Isis fue tan excepcional que se deberían reconsiderar factores que van más allá de las relaciones culturales, para entrar en un terreno puramente metafísico.

El cónsul Nicómaco Flaviano ordenó celebrar en Roma, en el año 394, fiestas nacionales en honor de Isis; pero ese mismo año vio el triunfo del cristianismo, con Teodosio a la cabeza: los templos paganos fueron cerrados y los sacrificios prohibidos. En Egipto la situación fue la misma. El paganismo encontró su último refugio en el círculo de los filósofos místicos que se mantuvieron fieles a los dioses del Nilo ya bien entrado el siglo VI (el templo de Isis en File sobrevivió hasta el año 540). Pero sabían bien que el mundo ya pertenecía en adelante a los cristianos y que muy pronto nadie mostraría interés por la antigua religión, ni por las innumerables inscripciones que celebraban, sobre las paredes de los templos en ruinas, la gloria de los dioses paganos. La Virgen María había tomado el relevo de la gran diosa egipcia Isis o, para decirlo con más propiedad, Isis había decidido disfrazarse con los ropajes de la deidad perteneciente al culto triunfante.

Cuando el cristianismo se propagó hasta Alejandría, el culto pagano a la madre fue cuidadosamente inyectado a la «cristiandad» por los teólogos de la iglesia en dicha ciudad. Esto se muestra de manera definitiva al confirmar cómo los títulos que se le confirieron a María, así como la forma ritual de sus cultos, son los mismos que los de la diosa egipcia.

Como divinidad femenina, Isis fue identificada con la luna y recibió el apelativo de “Madre del Mundo”, que reflejaba la gloria desprendida por el Sol. Para los egipcios, la madre-diosa era conocida como «Estrella de los Mares» y aún este título se aplica a la Virgen del Carmen, a pesar de que no hay absolutamente ninguna conexión entre María y el mar en los evangelios.

Otro título que proviene de Isis y que fue aplicado a María es el de “Reina del Cielo”, cuando en ningún lugar del Nuevo Testamento se dice que María, la madre de Jesús, tuviera que ser nombrada como tal. Isis era conocida también como la “Madre de Dios”, título que fue aplicado, tras mucho insistir, a María por los teólogos, pues el tema de la concepción no se puede decir que estuviera del todo clarificado. El título católico y el significado original de éste trascendieron y pusieron a la sencilla y humilde madre de Jesús en una posición exaltada, ajena a la difundida en el Nuevo Testamento.

Como ya sabemos, el culto a Isis no fue limitado a Egipto. Desde Alejandría se difundió por todo el mundo helenístico, en combinación con los cultos de su hijo Horus y de Serapis, el nombre griego de Osiris. Se introdujo en Roma en el año 86 a.C., y durante el consulado dictatorial de Lucio Cornelio Sila, llegó a poseer en la ciudad varios templos, llamados “iseiones”. Quizás aquí encontremos uno de los ejemplos más claros para mostrar hasta qué punto acabó mezclándose el paganismo con la «cristiandad» romana, sólo

necesitamos mencionar el hecho de que Isis era adorada en un templo que estaba situado en las colinas vaticanas, donde hoy está localizada la Basílica de San Pedro, el centro de la Iglesia que adora a la «madre de Dios» en aquella forma.

De esta forma, los títulos “reina del cielo”, “nuestra señora de los mares”, “madre de Dios” y otros más, que antes se atribuían a Isis, fueron poco a poco aplicados a María. Tales títulos indican claramente que el supuesto culto a María de hoy es en realidad una continuación del culto a la diosa pagana. Pero existen todavía más pruebas que se pueden observar en la forma en que se representa a María en el arte religioso.

Tan bien fijada estaba en la mente pagana la más abundante representación egipcia de la diosa Isis, en la que aparece sentada con el niño Horus en los brazos, que la antigua estampa de Isis y de Horus fue finalmente aceptada, no solamente entre la opinión popular, sino por sanción episcopal, como el retrato de la virgen y su hijo.

En el proceso de cristianización de la sociedad romana, existen numerosas crónicas que nos hablan de cómo el pueblo romano, ya cristianizado, no abandonaba el culto a la “Madre de Dios”, Isis, y, lejos de quebrar sus imágenes, las mismas estatuas que habían sido veneradas como Isis (con su hijo), eran simplemente cambiadas de nombre y se daban a conocer como María y su hijo Cristo, de modo que continuaban el antiguo culto. Hasta tal punto se llevó esta práctica que ningún arqueólogo podría actualmente asegurar si alguno de esos objetos representa a la una o a la otra.

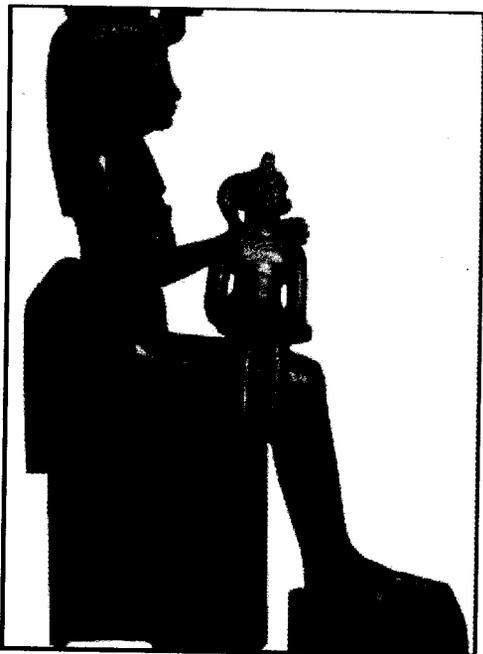
En Egipto era habitual el poner en las casas representaciones de Isis y su hijo en un marco de flores, donde la diosa aparecía tocándose un pecho, que simbolizaba la fertilidad, puesto que Isis era conocida, en uno de sus múltiples nombres, como diosa de la fertilidad. Esta práctica también fue

aplicada a María, quien en muchas ocasiones es mostrada en la misma forma, como se puede apreciar en la abundante iconografía religiosa.

Esta devoción egipcia por las imágenes de la diosa tiene otra coincidencia importante con la práctica católica y es el vestir a las imágenes. En el antiguo Egipto, las imágenes de la diosa Isis eran vestidas con lujosas vestiduras y ostentosas joyas. Incluso había personas dedicadas en exclusividad a estos menesteres. Lo mismo pasa en nuestros días. No hay más que acercarse a cualquier iglesia católica y ver a cualquier “Virgen”, cómo está vestida y enjoyada; e igualmente existen las llamadas “camareras” que son las encargadas de vestir a las imágenes

En cuanto a las imágenes individuales de la diosa Isis, era frecuentemente representada con una luna creciente y doce estrellas alrededor de su cabeza. Incluso esto fue adoptado para María, pues en casi todas las iglesias católicas romanas del continente europeo, se pueden ver cuadros de María en la misma forma. En ellos, sobre todo los de la Virgen Inmaculada, se muestra a María con las doce estrellas alrededor de su cabeza y la luna creciente bajo sus pies.

Todo esto demuestra hasta que grado el culto a la antigua madre de los paganos fue continuado dentro de la «Iglesia», reemplazando al papel más humilde de la María evangélica.



*Distintas estatuas de Isis
amamantando a su hijo Horus en
clara sinonimia que tomaría luego
la imagen de la Virgen con el niño
Jesús.*



Las enseñanzas de la Muerte

La civilización egipcia, más que cualquier otra, es conocida por sus costumbres funerarias. Las majestuosas pirámides, las tumbas reales del Valle de los Reyes y las asombrosas técnicas que desarrollaron para la momificación de sus cadáveres, nos sugieren que la obsesión por la muerte impregnaba a toda la sociedad egipcia. Sin embargo, no debemos considerar esta mentalidad profundamente vinculada con la muerte desde un punto de vista tétrico. Muy al contrario, para el egipcio, ese desvelo por todo lo relacionado con su defunción, suponía una esperanza de vida, la vida que aguardaba al hombre en el Más Allá.

En realidad, solemos adoptar con respecto a los egipcios la misma incomprensión que los romanos exhibían frente a los primeros cristianos. Para aquellos espectadores que asistían en los circos al sacrificio de centenares de mártires, resultaba también inexplicable como éstos afrontaban la muerte con una sonrisa. Sin embargo, para aquellos seguidores del Mesías, la pérdida de su vida no significaba una desgracia, sino, por el contrario, el tránsito hacia una nueva existencia repleta de felicidad.

Visto desde esta perspectiva, resulta más comprensible esa plena dedicación al mundo de ultratumba originada por sus creencias. Creencias que determinaron todo lo relativo a la función de sus arquitecturas, las técnicas y la estética que caracterizan al arte egipcio.

Naturalmente, esta fuerte influencia emanada de la religión, no sólo afectaba a la sociedad en su filosofía de vida,

salpicada continuamente con la presencia de lo mágico; sino que actuaba también sobre todos los aspectos legales y económicos. No olvidemos que, teóricamente, los cultos funerarios deberían ser mantenidos para toda la eternidad; algo inimaginable en las partidas presupuestarias de los gobiernos actuales, que rara vez alcanzan a cubrir la mitad de los objetivos a los que habían sido destinadas.

(Sobre este aspecto financiero habría que romper una lanza a favor de los tan vituperados saqueadores de tumbas. No se puede negar que ellos contribuían a poner de nuevo en circulación un ingente capital en oro cuyo destino era permanecer inmovilizado bajo las arenas del desierto. Además, como se ha podido comprobar en más de una ocasión, no sólo ellos eran aficionados al trasvase de capitales; también algún que otro faraón se dedicó a la misma práctica).

No obstante, las llamativas peculiaridades de los ritos funerarios egipcios nos asombran a todos. Las razones para esta singularidad quizás podamos encontrarlas en su medio geográfico.

Es sabido que desde el neolítico era costumbre enterrar al difunto con un pequeño ajuar, normalmente compuesto por cerámicas; lo que alude a una primitiva creencia en una vida eterna. Estos enterramientos consistían en simples hoyos excavados en la arena del desierto a poca profundidad. El cuerpo, que no estaba protegido por ningún tipo de recipiente, entraba en contacto con la arena caliente del desierto, lo que favorecía su desecación, eliminando los líquidos causantes de la putrefacción. Estos cadáveres mejor conservados, se veían muchas veces expuestos a la luz por la acción de los animales carroñeros o las tormentas de arena; mostrando a los habitantes de aquellas tierras la imagen de un cuerpo que aún conservaba

mucha de su apariencia en vida.

No es extraño que la visión de esta preservación natural les sugiriera que una parte de la persona permanecía viviendo eternamente en la tumba; por lo que era lógico mantener lo mejor conservado posible al cuerpo para que su espíritu lo reconociera en la tumba y facilitarle todo aquello que precisara para la vida eterna.

De esta primitiva constatación sobre que la persona constaba de varias partes que se manifestaban después de la muerte física, emanaría después la creencia sobre esa confusa tríada en que se subdividía el difunto: el *Ba* (algo así como el concepto de un doble espiritual, de un alter ego del difunto, que podía moverse libremente fuera de la tumba y que aparece representado en las pinturas con cuerpo de pájaro y cabeza humana); el *Ka* (la fuerza vital, que nace y permanece en la tierra con el cuerpo o, en caso de que éste se deteriore, en una estatua que represente al difunto, necesitando de alimentación y cuidado) y el *Akh* (el estado del alma cuando ya ha obtenido la vida eterna).

Atendiendo a esa división, surgieron prácticas y creencias que conformaron las costumbres funerarias egipcias. La consideración de la tumba como una casa que debía contener todos los útiles domésticos, objetos personales y alimentos que garantizaran la comodidad de una persona enterrada para toda la eternidad, dio paso a una mayor preocupación por la decoración que no sólo debía reflejar sus actos terrenales como prueba de su rectitud, sino que debía satisfacer las necesidades de la persona en la búsqueda de su camino hacia el más allá.

El hombre egipcio del Neolítico como cualquier coetáneo en Europa, no entendió sólo el retorno al seno de la tierra como el regreso al útero materno, sino como una estación

previa en el camino. Tal vez tomó en consideración la necesidad de buscar el principio de un nuevo renacer y el traspaso del renacido al ultramundo donde habitaban los dioses y sus antepasados humanos, allá en la estrellas.

Como cualquier viaje, pensó que el difunto igual que en vida, precisaría de unos alimentos, de unos enseres u objetos imprescindibles que más tarde se irían completando y enriqueciendo con un ajuar cada vez más rico y complejo (joyas, figuras, armas, paletas, peines, y otros utensilios de índole personal, en fin todo lo imprescindible para un largo viaje), en relación directa con la categoría social del finado. Todo ayudaría a hacer más confortable el tránsito doloroso de este mundo al otro.

Dentro del contexto funerario egipcio hubo algo irrenunciable que se mantuvo siempre a lo largo de toda su cultura: la conservación e integridad del cuerpo. Un modo de ver diametralmente opuesto como más tarde se entendería en el mundo grecorromano y judeocristiano quienes no veían tan clara la obligatoriedad de tal supuesto a la hora de alcanzar la gloria de los Campos Elíseos o el disfrute del Paraíso Celestial. Jamás un miembro de la sociedad grecorromana recién llegado a la cultura egipcia entendería cómo podía denominarse a un ataúd con el apelativo de “el Soberano de la Vida”, aludiendo a su poder simbólico: “el que conserva o más bien evita la putrefacción cadavérica”; tan distinto al concepto de “sarcófago”, etimológicamente: “el que devora o consume la carne”. Aquí radica parte de la actitud vital ante la vida y la muerte del hombre egipcio en referencia a otras culturas, en el sentido de que “la muerte es una continuación o prórroga de la vida”, de ahí la necesidad de la incorruptibilidad, y por otra, que todos los cinco elementos constituyentes del ser de un

hombre egipcio han de formar un íntimo vínculo.

En un principio, ese intento de protección del cuerpo tuvo, contrariamente a lo esperado, funestas consecuencias; ya que los cadáveres eran aislados de la arena, lo que favorecía su descomposición. Después de muchos intentos, utilizando envolturas de lino y resina que actuara como secante, el paso primordial para la conservación del cuerpo y su consiguiente momificación se dio en torno a la dinastía IV (2.575–2.465 a.C.), al descubrirse que extrayendo las vísceras del muerto se conseguía aminorar la putrefacción, ya que los microorganismos bacterianos que la provocan se generan en las partes húmedas de nuestro cuerpo. Sin embargo estas vísceras (los intestinos, los pulmones, el estómago, el hígado y la vejiga biliar) no eran desechadas, sino que se embalsamaban igualmente y eran introducidas en los denominados “vasos canopos” que se depositaban en la misma tumba, para que siguieran contribuyendo al bienestar del fallecido durante su vida ultraterrena.

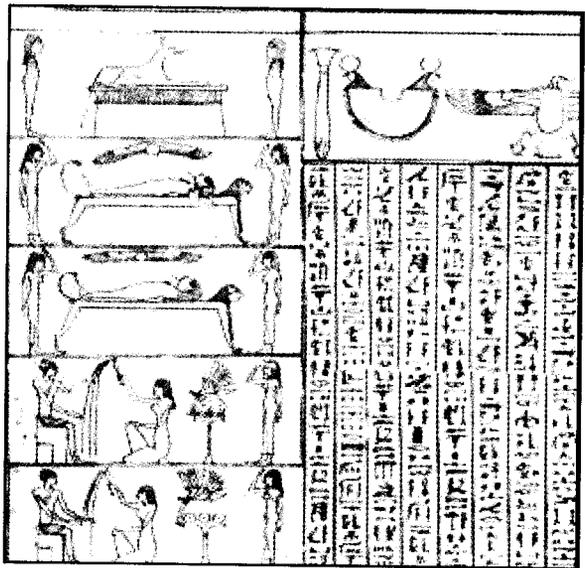
(Algo insólito: El cerebro era desechado, pues no le conferían ninguna función importante. No así el corazón, que estaba considerado como la fuente de todas las funciones intelectuales y que permanecía en su situación habitual, al igual que los riñones).

Poco a poco, las técnicas de momificación se fueron depurando, de igual modo que variaban las formas y materiales de los sarcófagos. Igualmente, se desarrollaron toda una serie de ritos que garantizaban una estancia feliz en el mundo sobrenatural.

Todo ello era consecuencia de una elaborada sofisticación alrededor del fenómeno de la Muerte. Sofisticación palpable también en un sistema teológico

elaborado y perfeccionado durante miles de años y que aportaba al egipcio un sentido total sobre la existencia en cualquiera de sus fases.

La Muerte había resultado la mejor maestra para aquel esforzado habitante de las riberas del Nilo. Ella enseñaba el sentido de la vida y contenía en su misterio los secretos del Universo. Y sólo a través de Ella veía la culminación feliz a un mundo lleno de tribulaciones aquí en la Tierra.



Ritual funerario.

La Momificación

Se denomina momificación a los métodos a través de los cuales se deseca un cadáver para evitar su descomposición, y si bien han sido diversas civilizaciones las que han llevado a cabo estas prácticas a lo largo de su historia, (por ejemplo, en algunas culturas precolombinas como la Inca), en ninguna se alcanzó el grado de dedicación ni perfeccionamiento que en Egipto, aunque no siempre a lo largo de sus tres mil años de existencia se siguió la misma técnica.

La palabra momia procede la palabra árabe “mum” que significa betún, sustancia que se empleaba muchísimo durante la momificación de los cuerpos, y por eso tienen la apariencia oscura. De ese vocablo derivaría el término “múmmya” (momia), por el cual conocemos hoy en día los cadáveres que han resistido a la putrefacción.

Cuando una persona moría en el Antiguo Egipto, su cuerpo se conservaba mediante el proceso de momificación. Pero sólo los egipcios más ricos, además del faraón y su familia, podían encargarse su momificación, ya que era muy costosa. Todo este proceso duraba 70 días.

Conocemos el proceso y técnicas de momificación a través del estudio realizado sobre las momias, imágenes en tumbas y templos, y por la descripción realizada en los relatos del historiador griego Heródoto, que viajó a Egipto en el siglo V a.C. También existen dos papiros que nos hablan, de forma incompleta, del ritual del embalsamamiento.

Precisamente, sería Herodoto quien nos aclaró que existían tres tipos de embalsamamiento (dependiendo del

poder económico del difunto o de sus familiares): un primero en el que se realizaban ocho tratamientos sobre el cadáver, un segundo más económico con tres, y un tercero y último para las personas más pobres de solo dos.

¿Cómo se llevaba a cabo el proceso de momificación?

El proceso de momificación se llevaba a cabo en la llamada Casa de la Purificación. Dos o tres días después de la muerte, el cuerpo era llevado a los embalsamadores, quienes trabajaban a orillas del Nilo, ya que necesitan agua en abundancia. Se colocaba al difunto sobre una mesa de piedra o de madera, e incluso de alabastro, cuyas patas y su decoración tomaban la forma de león. También se empleaban otras más pequeñas para depositar los órganos del difunto.

Los pasos a seguir, por lo general, eran los siguientes:

Primero se extraían los órganos internos: el hígado, el estómago, los intestinos y los pulmones a través de un corte realizado en el costado izquierdo del difunto con una piedra etíope afilada. Los envolvían en un paño de lino y se introducían dentro de los cuatro vasos canopos bajo la protección de cuatro dioses especiales, llamados “hijos de Horus”, representados en las tapas de los vasos: Amset (con apariencia humana), Hapy (apariencia de mono), Kebehsenuf (apariencia de halcón) y Duamutef (apariencia de chacal). Tras ser precintados, los vasos se introducían en una caja de madera que se colocaba al lado de la momia. El corazón se dejaba dentro porque no debía separarse de su cuerpo, pues era el lugar donde residían los sentimientos, la conciencia y la vida. Aunque también podía ser sustituido por un escarabeo-corazón.

Así mismo, tras una previa licuefacción, se extraía los restos del cerebro con un gancho por medio de un orificio practicado en la nariz.

A continuación, se lavaba el cuerpo interna y externamente con vino de palma, se rociaba de perfume, se rellenaba el vientre con mirra y diversas esencias olorosas (entre las que curiosamente se descartaba el incienso), y tras coser el corte, se ‘sumergía’ en natrón (carbonato de sodio) durante 70 días, la misma duración que la estrella Shotis (o Sirio) tardaba en salir de nuevo por el horizonte tras desaparecer previamente por él. Después de ese tiempo se había logrado su total desecación.

Seguidamente, se envolvían los restos con el mayor cuidado y en su totalidad con vendas de lino, impregnadas a veces en resina. Mientras se realizaba este proceso un sacerdote que portaba una máscara del dios Anubis recitaba las fórmulas de encantamiento correspondientes:

“Te ponemos el perfume del Este, para hacer perfecto tu olor y poder seguir el olfato de Dios”.

“Te traemos los líquidos que vienen de Ra, para hacer perfecto tu olor en la Sala del Juicio Final”.

Comenzaban vendando los dedos uno por uno, las extremidades y, por último, el resto del cuerpo. Los brazos podían ponerse estirados a lo largo del cuerpo, o se cruzaban en el pecho en posición osiríaca. Se terminaba con la cabeza.

Entre los vendajes se introducían amuletos y tiras de lino que recogían textos del Libro de los Muertos con el fin de proteger al difunto en el Mas Allá. A veces se envolvía el cuerpo ya vendado con un sudario (sábana) y se cubría con una red de cuentas de loza desde los hombros hasta los tobillos.

Sobre el pecho se podían colocar un escarabeo alado (joya-talismán en forma de escarabajo) y las imágenes de los cuatro hijos de Horus, los dioses protectores de los órganos internos.

El cuerpo quedaba de este modo protegido:

“Saludos Osiris, que el ojo de Horus florezca en ti y en tu corazón siempre”

Por último, se le cubría el rostro con una máscara (que representaba los rasgos en vida de la persona objeto del proceso), que podía ser pintada, o en el caso de momias reales, de oro, como la encontrada en la momia de Tutankhamon.

Finalmente, la momia se introducía en uno o varios sarcófagos (encajados uno de dentro de otros) y se entregaba a la familia para comenzar con los ritos funerarios.

Lámparas, pilas y un egiptólogo que echa chispas

No conozco a nadie que, visitando el Valle de los Reyes, no se halla hecho la típica pregunta que tanto incordia a los egiptólogos: ¿cómo hicieron para pintar unos dibujos tan primorosos en todas estas tumbas excavadas en la roca sin utilizar antorchas? Naturalmente, un especialista le responderá que sí utilizaban lámparas. ¿Entonces, por qué no hay ni el menor rastro de humo, y más cuando esas imágenes tan complicadas no podían acabarse en dos días? ¡Utilizaban espejos!, será la siguiente respuesta. Si llegado ese momento, se le ocurre plantear que en los espejos una tercera parte de la luz no es reflejada y que además los que se han encontrado hasta ahora son de pequeño tamaño y de pésima calidad; puede estar seguro de que verá al egiptólogo de turno salir gritando con los brazos en alto y pronunciando como una maldición el nombre de "Dendera". Al menos, exactamente como la he narrado, fue la escena que me ocurrió a mí con mi buen amigo y ¡egiptólogo! Alí Hassan.

Dendera, como Edfu y Kom Ombo, son tres templos del Alto Egipto, donde, a comienzos de los ochenta, los investigadores Reinhard Habeck y Peter Krassa descubrieron varios relieves que representaban claramente la forma de una bombilla. Las imágenes estaban compuestas por una forma de pera alargada en cuyo interior aparecía una serpiente ondulante (a modo de filamento) y que estaba engarzada a una flor de loto (en forma de casquillo).

Todo esto podría ser producto de una imaginación demasiado calenturienta, pero resulta que las bombillas aparecían unidas por lo que parecía ser un cable a un pedestal en el que estaba arrodillado el dios del aire. Toda la escena era custodiada por Thot, el dios del conocimiento y las ciencias, con la forma de un babuino que sostenía en cada mano un cuchillo. Y lo más curioso, algunos de los jeroglíficos que rodeaban a estas imágenes de "bombillas", hablaban sobre el poder de la luz de Isis.

Sin embargo, no es el primer testimonio que poseemos de una fuente de luz misteriosa conocida por los antiguos. Luciano el Griego (180 a.C.) describió una cabeza de la diosa Hera, de la cual emanaba una gran luz, iluminando el templo con la potencia de mil cielos. Plutarco, menciona la "lámpara perpetua" que contempló en el Templo de Amón, custodiada por sacerdotes, y que ni el viento ni el agua podían apagar. Y Pausanias narra que en el año 170 d.C., pudo ver en el Templo de Minerva una lámpara de oro que

daba luz por un año sin que fuese alimentada por ninguna clase de combustible.

¿Se volvieron todos locos y comenzaron a ver lámparas maravillosas con las propiedades de una "bombilla" por todos lados? Quizás, las castas sacerdotales guardaban ese poder con tanto secreto, que nunca llegaron a explicar en qué consistía.

Mi amigo Hassan, el eminente egiptólogo, me explicó pacientemente que esas imágenes de Dendera eran, en realidad, la representación del dios Harsumtus, que aparece normalmente como una serpiente antes de salir del loto y manifestarse como dios viviente en forma de halcón; cuestiones, al parecer, bastante complicadas sobre la religión del período tardío.

La respuesta era interesante, pero, en mi opinión, no resolvía el problema. Al fin y al cabo, (y perdonen la irreverencia), un orinal con forma de pato, puede representar al pato Lucas, Donald o al que quieran, pero no deja de ser un orinal. Entonces, ¿por qué, además de ser la representación de un dios no podían ser también una especie de lámparas? En realidad, parece completamente lógico que intentaran describir aquel objeto maravilloso ayudándose de símbolos sagrados. Allí Hassan no volvió a dirigirme la palabra hasta que llegamos a la cercana Luxor.

No obstante, existían evidencias del conocimiento de la energía eléctrica y su posible utilización, aunque fuese de manera rudimentaria. El cronista árabe Abdul el Latif (1.150 d.C.) menciona el recubrimiento metálico del obelisco de Sesostri I, en Heliópolis. Un recubrimiento que estaba hecho con una aleación de oro, plata y cobre, y que recibía el sugerente nombre de "electrum". O qué decir del "Edipo Egipciaco" del año 1.565 d.C., donde el padre jesuita Atanasio Kircher incluye la traducción de un fragmento de un antiguo documento hindú con las indicaciones para construir una batería eléctrica:

"Colocar una plancha de cobre, bien limpia, una vasija de barro; cubrirla con sulfato de cobre, y luego cubrirlo todo con serrín húmedo, para evitar la polarización. Después poner una capa de mercurio amalgamado con zinc encima del serrín húmedo. El contacto producirá una energía por el doble nombre de Mitra-Varuna. Se dice que una cadena de cien vasijas de este tipo proporcionan una fuerza muy activa y eficaz".

Y además estaba el descubrimiento, en 1.936, del ingeniero alemán Wilhelm Köning, en unas obras realizadas en la colina de Rabua, cerca de Bagdad. Allí, junto a otros objetos del 2.000 a.C., que revelaban el haber sido sometidos a un proceso de galvanización, se encontraron con un extraño objeto de arcilla con forma de jarrón. Ese objeto, de 15 centímetros de alto, estaba cerrado con un tapón de asfalto del que pendía hacia el interior un tubo cilíndrico de cobre; del mismo tapón, sobresalía hacia afuera una varilla recubierta de plomo, ligeramente corroída por algún tipo de ácido. A pesar de la indiferencia de los expertos, que habían calificado a la pieza con la socorrida generalidad de "objeto de culto", Köning introdujo en el interior un electrolito común y consiguió que el jarrón funcionara como una batería.

¿Casualidad? ¿Mala fe? ¿Un hallazgo arqueológico increíble? Las instituciones académicas no quieren ni oír hablar del tema; pero, esa actitud es normal en ellas, a poco que se escarbe en los escandalosos fiascos de su historia. La Ciencia, cuando es incapaz de ofrecer respuestas convincentes, opta por mirar hacia otro lado; como una especie de movimiento fanático que no reconoce nada ajeno a los moldes rígidos de sus creencias.

De todas formas, ya en nuestro libro "Los misterios de Egipto" apuntamos la opinión de algunos autores sobre el uso de espejos, efectivamente una serie de espejos, colocados de forma que cada uno esté en línea con al menos uno anterior, pueden multiplicar la llegada de la luz del Sol a los últimos rincones de cualquier pirámide. Sin embargo nuestra opinión es que simplemente usaban lámparas de combustión sin humo.



La ansiedad por encontrar momias importantes

Como se puede suponer, uno de los mayores tesoros para un arqueólogo son las momias, sobre todo si se trata de las pertenecientes a un personaje de relevancia.

En los mismos días que escribo estas líneas, los noticiarios televisivos y los periódicos reflejaron una de las novedades más ansiadas por la Egiptología: el descubrimiento de la momia de la gran reina Nefertiti.

El canal de cable estadounidense Discovery Channel anunció el 9 de junio del 2003 que una expedición arqueológica en el Valle de los Reyes, la necrópolis de los faraones, había descubierto una momia real que podría ser la de Nefertiti.

El equipo dirigido por Joann Fletcher, de la Universidad de York, hizo el hallazgo cuando exploraba una cámara secreta en la tumba conocida como KV35, que aloja tres momias.

La egiptóloga británica anunció que su equipo habría identificado a la momia de la reina egipcia Nefertiti, la esposa del faraón Amenofis IV y madrastra del legendario joven rey Tutankamón.

Joann Fletcher, especialista en momificación de la Universidad de York en Inglaterra, quien encabezó la expedición, dijo que su equipo había desenterrado a Nefertiti de una cámara secreta en la tumba KV35, en el Valle de los reyes de Luxor, en Egipto.

Nefertiti, que significa “*la mujer hermosa ha llegado*”, ha sido considerada por mucho tiempo como una de las mujeres más poderosas del antiguo Egipto.

Su tumba fue hallada cerca de la del rey Tutankamón, el rey adolescente que gobernó Egipto en el siglo 14 antes de Cristo.

“Después de 12 años de búsqueda de Nefertiti, fue probablemente la experiencia más asombrosa de mi vida”, dijo Fletcher en un comunicado difundido por Discovery Channel, con sede en Washington, y que financió la expedición. *“Aunque sólo podemos sugerir la identidad como una fuerte posibilidad, los hallazgos ciertamente tienen un amplio rango de implicaciones para la egiptología”*, agregó.

Nefertiti, cuya apariencia fue esculpida en un busto de arcilla ahora en el museo egipcio de Berlín, tuvo un inusual alto estatus durante el reinado de su esposo. Como su marido, el nombre de Nefertiti fue borrado de los registros históricos y su imagen borrada después de su muerte.

Fletcher fue atraída a la tumba durante una expedición en junio del 2002, después de que identificó una peluca estilo nubio llevada por una mujer real, durante el reinado de Amenofis IV Ajnatón. La peluca fue hallada cerca de tres momias no identificadas, dos de ellas mujeres y una de un chico joven.

Una de las momias, que se creyó ser la de Nefertiti, tenía un cuello como cisne comparable a la reina, a pesar de la hinchazón de su rostro después de muerta. Fletcher también encontró otros vínculos físicos, entre ellos la impresión de una banda para la frente, muy ajustada, que ella una vez usó, un lóbulo con dos agujeros y la cabeza depilada. Nefertiti fue una de las dos mujeres reales de Egipto que se creía llevaba dos pendientes en cada oreja.

En un examen practicado a la momia en febrero del 2003, los científicos descubrieron un desgarrado brazo derecho doblado hacia arriba con sus dedos aún asiendo un cetro real. Sólo los faraones o las reinas tenían permitido tener sus brazos doblados de esa manera.

Esta evidencia, más la joyería dentro de la cavidad pectoral hecha pedazos, alimentó la creencia original de Fletcher de que la momia era Nefertiti. Sin embargo, posteriormente, numerosos científicos encontraron algunos “peros” a tal suposición.

Antes de la Primera Guerra Mundial, una expedición alemana en Egipto descubrió dos estatuas de Nefertiti, una pintada que ahora se halla en el Museo de Berlín, y otra inconclusa que se exhibe en el Museo de El Cairo. Pero, según el doctor Zahi Hawas, director del Consejo Supremo de Antigüedades de Egipto, la similitud del rostro de la momia con el de la estatua de Nefertiti no es una prueba, porque en la época de la reina “el arte no era realista sino idealista”. Además, “la momia de Nefertiti nunca podría encontrarse en el Valle de los Reyes debido a las hostilidades entre la reina y el último faraón de la dinastía de Amarna, Hor Moheb, que no habría permitido que se enterrara allí”. Por otra parte, radiografías de la momia han revelado que tenía 16 años al morir, mientras que Nefertiti habría muerto pasados los 30.

Parece que estamos abocados a la decepción, aunque tampoco se puede fiar mucho uno del famoso Hawas, ya que el mismo protagonizó no hace mucho un fiasco parecido cuando, también rodeado de toda la parafernalia televisiva, introdujo un robot dentro de uno de los túneles de la pirámide de Keops.

Túneles a ninguna parte

También conocida como la Gran Pirámide, mide 147 metros de altura y tiene unos 230 metros de ancho de base. Tiene un peso de unos 6 millones de toneladas. Es la más grande construcción piramidal del mundo entero. Su construcción perfecta y alineada a los 4 puntos cardinales. Su interior está armado con un complejo sistema de cámaras, túneles, pasillos y galerías.

Existen en ésta 3 cámaras, una subterránea y dos en la superestructura, la “Cámara del Rey” (cuyo sarcófago se encontró vacío cuando los árabes la abrieron por primera vez en el 820 d.C.) y la “Cámara de la Reina”.

El sarcófago es mucho más grande que la entrada a la cámara, por tal motivo se supone que se colocó allí antes de que se cerrara el techo. La unión de los bloques y vigas es tan perfecto, están tan unidos que no se puede pasar una hoja de afeitar entre ellos. De las paredes Sur y Norte de estas cámaras salen dos canales estrechos de 20 x 20 cms. Los de la Cámara del Rey van directo al exterior, mientras que la de la Cámara de la Reina terminan en su interior. Se pensó en un momento que eran canales de ventilación, pero ahora se sabe que se utilizarían con fines rituales y fueron alineados con los sistemas estelares como ya veremos más adelante. Junto a ésta Pirámide existen otras 3 pequeñas pertenecientes a las esposas del Faraón y 5 fosos de barcos.

Diversos estudios llevados a cabo por arqueólogos, ingenieros y científicos han comprobado la existencia de

pasadizos y perfectas cámaras secretas en la Gran Pirámide y otras, como así también debajo de las patas de la Esfinge, el Guardián de las Pirámides de Gizeh.

El 22 de marzo de 1993, el equipo de científicos del Dr. Rudolf Gantenbrick logra penetrar por primera vez con su robot especialmente preparado para tal fin a uno de los conductos de la Cámara de la Reina de tan sólo 20 x 20 cms.

A las 11.05 hrs de aquel 22 de marzo y luego de recorrer 65 metros el robot UPUAUT II se detiene y gracias a su cámara se observaría una puerta que sellaba el paso. ¿Qué habría detrás?, sería esto el acceso a ¿la gran Cámara Secreta?.

Pasados nueve años de aquellos acontecimientos el 17 de septiembre de 2002 otro equipo de científicos bajo la coordinación del Dr. Zahi Hawas, Director del Consejo Supremo de Antigüedades del Gobierno de Egipto y con el auspicio del National Geographic Society, acompañarían al equipo del arqueólogo estadounidense Mark Lehner en la realización del “descubrimiento más importante producido en Egipto”.

Son las 3 horas y 47 minutos de la madrugada del martes 17 de septiembre de 2002. El robot llamado Pyramid Rover se detendría frente a la famosa puerta de Gantenbrick y con su cámara de fibra óptica penetraba por un minúsculo agujero que se había efectuado el lunes 16 de septiembre en la puerta a golpe de taladro. La puerta tenía un grosor de 7 centímetros lo que demuestra que no se trataba de un bloque más de la Pirámide, sino que detrás habría algo.

El mundo entero contemplaría por televisión estos acontecimientos. Pero la sorpresa fue mayor cuando se observó que había allí un pequeño espacio vacío de 45 centímetros de profundidad y 20 centímetros de altura, y al fondo ¡otra puerta!

... ¿conduciría ésta a la Cámara Secreta?.

El 17 de septiembre de 2002 se realizaría un nuevo descubrimiento: el hallazgo de otra puerta. Una sorpresa para todos.

Otras investigaciones comprobarían que en otra Pirámide, la de Snefru en Meidum, un equipo investigador francoegipcio descubriría en el año 2000 mediante endoscopia, la existencia de dos nuevas cámaras y un pasillo que nadie conocía. Estas también se sumaban al misterio.

Mark Lehner acerca de los sucesos de septiembre de 2002 comentaría que: “Lo que encontramos no es una cámara sino una continuación del conducto” y añadió que “el hecho de que haya dos puertas en mitad de un pasadizo, con un espacio entre ellas, no tiene precedente en otras pirámides: Esta inusual estructura no es algo accidental ya que está cuidadosamente construída e integrada en el cuerpo de la Pirámide y que la segunda puerta muestra, además, unas marcas grabadas que no pueden ser casuales”.

Todo esto “debe tener un significado porque no es posible que se hiciera sin alguna intención aunque cuál es ese significado se nos escapa”.

Esa misma noche el equipo de arqueólogos también abriría un sarcófago no profanado que sería uno de los más antiguos jamás encontrados, descubriéndose los restos de un esqueleto de un hombre hallado a unos pocos kilómetros de la Gran Pirámide de Keops. La prensa mundial se hizo eco de estos acontecimientos. Pero aquí no terminaba todo.

Pocos días después, entre el 20 y 21 de septiembre de 2002 el robot Pyramid Rover descubriría una “nueva puerta” cuando fue introducido en el conducto Norte encontrando una “pared de piedra y una puerta” a unos 65 metros de la cámara,

informó el Dr. Hawas. Otra puerta igual a la descubierta en 1993 por Gantenbrick.

Ambas puertas son similares y están ubicadas a 65 metros de la cámara, sin embargo los 2 canales no son del todo simétricos dado que el canal sur sube empinado, mientras que el norte tiene algunas esquinas y curvas. “Ahora sabemos que los canales fueron planeados de forma suplementaria, porque el canal norte fue construido con varias curvas de manera que no tocara la gran galería que lleva a la cámara funeraria”, explicó Hawas. Más tarde afirmaría que “ambos descubrimientos constituyen la primera gran novedad relativa a la Gran Pirámide desde hace más de un siglo”.

¿Qué habrá detrás de esta puerta?, ¿nuevas Cámaras Secretas?. Para el arqueólogo Mark Lehner habría escrituras sagradas, estatuas, entre otros elementos. Hoy nadie niega la existencia de las mismas (pasadizos, túneles, cámaras, galerías). Están comprobadas científicamente, ubicadas en diferentes lugares de la misma y en otros sitios arqueológicos egipcios.

¿Cómo construyeron estos conductos de tan sólo 20 x 20 cms?. Hawas nos dice: “Eso no lo sabemos, posiblemente se realizó un acceso especial para esas dos que más adelante se volvió a cerrar” .

Pero nos seguimos preguntando: ¿cómo pusieron las puertas que sellan estos conductos?, ¿con qué fin? y fundamentalmente ¿qué hay detrás?.

Mark Lehner considera que quizá existe una “tercera puerta”, porque tres eran las puertas que permitían el acceso a la Cámara del Rey y si hay allí una cámara oculta, posiblemente le anteceden tres puertas.

¿Se reanudarán los trabajos de investigación prontamente?, ¿sabremos la verdad?. Lo que sí sabemos es que

Los misterios de la Egiptología _____

no sólo el misterio de Egipto continúa, sino también que hoy sigue creciendo.

